

Unidad y Carismas

Carismas y fundadores

Jesús “fundador”

Fabricio Tosolini, s.x.

Los fundadores,
un “don” del Magisterio

Santiago M. González Silva, c.m.f.

Para comprender el carisma de un fundador

Santino Bisignano, o.m.i.

San Jorge Preca,
como un san “Felipe Neri” de Malta

Joaquín Vicente, o.carm.

El fundador en las distintas etapas de mi vida

Fabio Ciardi, o.m.i.

Sobre la santidad
en las Iglesias de la Reforma

Elena Cardinali

N.º 87/2013

Julio - Septiembre



Ciudad Nueva

Revista trimestral de espiritualidad y comunión

Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

Consejo de redacción: Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M^a Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

Administración: Joaquín M^a Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: redaccion@unidadycarismas.es

Composición: José Luis Belver, o.s.a.

www.unidadycarismas.es

Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,
Via della Selvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.
unitaekarismi@cittanuova.it

Edición alemana

«charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr
Kaulbachstrasse 47
D - 80539 München, Alemania
schalk@redmuc.de

Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,
mssp, Via della Salvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,
Cistercijanska opatija Sticna
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

Edición francesa

«Unitè et Charismes», Roger Bourcier, fsg
10, av. Rémy René-Bazin
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia
unitecharismes@focolari.fr

Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.
Biskupow 72 PL
48-355 Burgabice, Polonia
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil
centrofoco@uol.com.br

CARISMAS Y FUNDADORES

Editorial

Siguen vivos y transmiten vida *Fabio Ciardi, o.m.i.* 4

Perspectivas

Jesús “fundador” *Fabrizio Tosolini, s.x.* 6

Los fundadores,
un “don” del Magisterio *Santiago M. González Silva, c.m.f.* 12

Para comprender el carisma de un fundador.
Pasión por la Iglesia y por la humanidad *Santino Bisignano, o.m.i.* 15

Ejemplaridad del fundador.
Cinco aspectos de la relación con él *Gennaro Cicchese, o.m.i.* 20

Testigos

San Jorge Preca,
como un san “Felipe Neri” de Malta *Joaquín Vicente, o.carm.* 24

La Fraternidad de Cristo de Selbitz *Joan Patricia Back* 27

Experiencias

El fundador en las distintas etapas de mi vida *Fabio Ciardi, o.m.i.* 32

Siempre he intentado beber del Dios...
que encontraba en Chiara *Bernadette Verhegge* 37

Nuevos horizontes

Sobre la santidad en las Iglesia de la Reforma *Elena Cardinali* 41

Siguen vivos y transmiten vida

Los fundadores y las fundadoras ¿siguen desempeñando un papel en la vida de los institutos religiosos? Creemos que quien ha recibido la gracia de ser el cauce a través del cual llega el don de un carisma sigue siendo siempre un maestro a quien hay que escuchar, un modelo en el que inspirarse, un santo al que rezar, un padre en torno al cual reconocerse como hermanos, y quizá también un amigo con el que compartir las alegrías, las dificultades, y las esperanzas que se van encontrando en el camino.

LOS fundadores y las fundadoras ¿siguen siendo hoy un punto de referencia para los miembros de las familias religiosas? Los recientes escándalos que se han dado en el caso de algunos iniciadores de nuevas experiencias de vida carismática (Legionarios de Cristo, Comunidad Misionera de Villaregia, Comunidad monástica de Lanuvio... y algunos más) han suscitado serias dudas sobre lo que se llama el “carisma del fundador”. ¿No sería más oportuno hablar de “carisma de fundación”, distinguiéndolo de la persona del fundador o de la fundadora? Tanto más que, como se ha publicado en algunas revistas y páginas web, la expresión “carisma del fundador” no existe en los documentos conciliares, sino que aparece más tarde. ¿No se habrá dado demasiada importancia a la persona en su relación con el carisma? El tema de las difíciles relaciones entre el fundador y el instituto, que hoy día suscita tanto estupor e incertidumbre, no es algo nuevo. La historia de la vida consagrada nos enseña que se dieron episodios tristes también en el pasado. Basta recordar algunos. Margaret Anna Cusack, después de haberse pasado del Anglicanismo al Catolicismo, fundó en Inglaterra la Congregación de las Hermanas de san José de la Paz, aprobada por León XIII en 1884. Cuando fue a los Estados Unidos para trabajar allí con los emigrantes, surgieron algunos conflictos con el obispo de New York y otros obispos, lo que le llevó a tomar la decisión de dejar la Congregación y volver al seno de la Iglesia anglicana. Las religiosas superaron aquella prueba y ahora están presentes en el Reino Unido, Estados Unidos, El Salvador, y Haití. Clelia Merloni, fundadora de las Apóstoles del Sagrado Corazón, depuesta en 1911, dispensada de los votos en 1916, fu readmitida en el instituto sólo en 1928, dos años antes de su muerte. En 1879 Bárbara Micarelli dio comienzo en Aquila (Italia) al Instituto de las Terciarias Franciscanas del Niño Jesús, del que después fue expulsada y al que no se le concedió jamás volver. Ahora son 700 religiosas, presentes en América Latina, Estados Unidos, Camerún, Filipinas, Libia. El beato Santiago Alberione mandó fuera a las primeras su-

perioras de tres de los institutos fundados por él: las Hijas de San Pablo, las Pastoras, y las Apostólicas.

Las situaciones difíciles, a veces escandalosas, son sin duda una llamada a distinguir entre el carisma dado por el Espíritu a la Iglesia, y el instrumento elegido para su realización histórica. Se debe siempre recordar la gratuidad del don y la libertad que el Espíritu manifiesta en ello. Nadie puede apropiarse del don recibido. *«El Señor –escribió en su testamento espiritual el beato Santiago Alberione– quiso ser él quien actuara; como cuando el artista toma un pincel cualquiera, barato y ciego respecto de la obra que se va a llevar a cabo, aunque esta sea una bella imagen de Jesucristo, nuestro Divino Maestro».* Y ¿cómo no recordar a este propósito el funeral de la Madre Teresa de Calcuta, cuando al ofertorio llevaron un lapicero, porque eso era lo que ella se sentía ser en las manos de Dios, quien, gracias a su docilidad, había podido “escribir” las Misioneras de la Caridad? La misma Chiara Lubich, al narrar su propia experiencia en una ocasión, comenzó diciendo: *«La pluma no sabe lo que ha de escribir. El pincel no sabe lo que va a pintar. El cincel no sabe lo que va a esculpir. Así, cuando Dios escoge una creatura para hacer surgir en la Iglesia una obra suya, la persona no sabe qué es lo que va a tener que hacer. Es un instrumento. Y este es, creo yo, mi caso».*

Esta distinción, ciertamente, no impide reconocer que habitualmente los fundadores y las fundadoras no son instrumentos inertes, como simples muñecos de trapo en las manos de Dios. Al corresponder fielmente, se convierten en auténticos protagonistas de la obra que Dios les ha encargado de iniciar y dar forma. La imagen del instrumento se equilibra con la de la paternidad y de la maternidad, que implica que ellos también transmiten algo propio, hasta el punto de poder decir con san Pablo: *«En Cristo Jesús he sido yo quien os he engendrado»* (Gal 4, 19; 1Cor 4, 15).

Independientemente de los hechos que se han dado últimamente en el caso de algunos pocos iniciadores de nuevas comunidades, las preguntas sobre el papel del fundador y de la fundadora en la vida de las comunidades religiosas tienen su origen también en un cierto oscurecimiento del sentido de su figura. Si en los años setenta y ochenta del siglo pasado surgió un extraordinario interés por el carisma de los fundadores, promoviendo investigaciones y estudios que han sacado a la luz tesoros escondidos y han hecho posible un mejor conocimiento de su persona, hoy cada vez menos se hacen referencias directas a su persona y experiencia. Por eso mismo hemos querido dedicar a esta cuestión el presente número de nuestra revista: los fundadores y las fundadoras ¿tienen aún un papel que desempeñar en la vida de un Instituto religioso y en relación a los miembros del mismo? ¿Cuál es la relación que está llamado a tener con él o con ella cada uno de los miembros de una familia religiosa?

Creemos que aquel a quien le ha sido dado ser canal a través del cual otros han de recibir el don de un carisma ha de ser siempre un maestro a quien escuchar, un modelo en quien inspirarse, un santo a quien rezar, un padre en torno al cual reconocerse como hermanos, y quizá también un amigo con el que compartir las alegrías, las dificultades y las esperanzas que se van encontrando en el camino. Ellos, no cabe duda, prosiguen su misión de continuar engendrando: *«Seré para vosotras madre, tanto estando viva como cuando esté muerta»*, decía a sus hijas santa Ángela de Mérici.

Fabio Ciardi, o.m.i.

Jesús “fundador”

Fabrizio Tosolini, s.x.

Jesús fue un fundador especial, hasta el punto que se discute sobre qué ha fundado efectivamente. Pero sigue siendo el punto de referencia para todo fundador y la inspiración fundamental para todo carisma.

PARA muchos, como también para nosotros, el ingreso en una familia religiosa seguramente ha supuesto –y continúa suponiendo– una serie de experiencias fascinantes, que han implicado de modo fuerte el corazón y la mente. Algo de este encanto viene a la memoria cuando se leen las vidas de los santos, especialmente de los fundadores con sus primeros discípulos y sus escritos.

Es una ventana privilegiada, desde la cual pueden contemplarse –quizá de un modo especial– las experiencias de fundación, tan abundantes en la Biblia, por lo menos a partir de Noé, pasando por Abrahán, Moisés, Elías..., hasta la más grande de todas: la experiencia de fundación de la que Jesús es protagonista. Su historia y la historia de su obra, de la que Él es la piedra angular, atraen a todos hacia Él, con una fuerza irresistible.

Quizá pueda resultar útil recordar algu-

nos momentos de la experiencia de fundación vivida por Jesús. Tal vez puedan ayudar a descubrir dimensiones todavía no reconocidas plenamente en la experiencia de los fundadores: de aquellos a los que fascinó tanto la historia de Jesús y de sus discípulos que la quisieron representar concretamente con su vida a lo largo de los siglos como un drama sagrado.

Incluso una mirada rápida a algunos de estos momentos, ofrece una visión tan rica de la experiencia de Jesús que vuelve a encender el entusiasmo por ella y la gratitud por formar parte de tal empresa: se descubre que toda la Iglesia es la gran “Familia Religiosa”, fundada por Jesús, en la cual hallan espacio, sentido y misión las familias de los fundadores.

Los comienzos

Se ponen de manifiesto en dos series

de experiencias: en los primeros tiempos de la vida de los fundadores, como profecía o preparación, y luego cuando reúnen, o mejor, reciben a los primeros discípulos.

Como para su primo Juan, también en Jesús, algunas experiencias del comienzo de su vida señalan ya que algo especial está presente y se está desarrollando en Él. En el templo, Simeón llama a Jesús salvación, luz de los pueblos, gloria de Israel. A los doce años, también en el templo, Jesús revela una percepción especial de su relación con el Padre, que, en presencia de José, lo llama “mi Padre”.

Años después, en base al testimonio del Bautista, dos de sus discípulos se acercan al desconocido Maestro. Jesús los recibe en su casa, en su misterio. De ahí nace una dinámica de compartir noticias e intereses, el acercamiento de otros discípulos, la llamada de algunos, diálogos de resultado impredecible, como el que mantuvo con Natanael (cf. *Jn* 1, 35-51).

...Las aventuras de los primeros tiempos, que los discípulos recuerdan con precisión, entusiasmo y nostalgia: el entusiasmo por estar en primera fila y asistir a milagros, a palabras únicas, a la fascinación ejercida sobre muchos, pobres y ricos, cultos e ignorantes.

En estos encuentros, Jesús muestra una perfecta complementariedad de capacidades de iniciativa y a la vez de acogida de los que se acercan a Él. Se entrevé la actitud que Él mismo describe: «*Los que el Padre me da*» (cf. *Jn* 17, 24). Él atrae porque es atraído y está totalmente dirigido a la fuente divina de su estar y de su caminar.

Las aventuras de los primeros tiempos

Siguen las aventuras de los primeros tiempos, que los discípulos recuerdan con precisión, entusiasmo y nostalgia: el entusiasmo por estar en primera fila y asistir a milagros, a palabras únicas, a la fascinación ejercida sobre muchos, pobres y ricos, cultos e ignorantes. Alrededor de Jesús se forma un grupo que, como en círculos concéntricos, muestra distintos niveles de interés, de pertenencia y de participación activa. Sobre el fondo de las comunidades de los esenios y de las compañías de los fariseos, el grupo de Jesús empieza a delinarse con una fisonomía propia muy definida.

Contrastes y opciones

A diferencia de los demás maestros, Jesús deja entrever una clara conciencia sobre la coincidencia entre su mensaje y su persona. Mateo subraya que habla con autoridad, y las gentes lo notan (cf. *Mt* 9, 8).

No solo, sino que la conciencia que tiene de su relación con el Padre hace que se presente como representante del pueblo elegido, como su realización: no simplemente como uno entre los muchos pertenecientes al pueblo, sino como aquel que lo contiene y expresa en sí mismo, hasta el punto que pide dirigir a él la fe que todo israelita tiene como perteneciente al pueblo elegido. Son las palabras de Pedro: «*Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna*» (*Jn* 6, 68). Los demás, incluso Moisés, aunque transmitieron las palabras de Dios y comieron la comida de los ángeles, murieron. Solo creyendo en ti, nosotros, los israelitas, pasamos de la muerte a la vida.

Y al final, ante la disyuntiva de esta opción, el numeroso grupo que rodea a Jesús se divide. Desde aquel momento, muchos se retiraron y ya no fueron con Él. Pero

vosotros ¿quién decís que soy yo? La respuesta de Pedro marca una segunda elección de Cristo por parte de su grupo, una elección que rompe puentes y que abre nuevos caminos.

Es una llamada a la corresponsabilidad, a la decisión de arriesgar en primera persona por la obra de otro, porque se descubre que, más allá de todo, se pertenece a ella.

A partir de la llamada crisis galilea, el grupo de Jesús asume una fisonomía distinta, y por consiguiente una misión como realidad comunitaria reunida alrededor del maestro.

La revelación del designio

En la vida de los fundadores hay un momento, una ocasión en la que, por así decirlo, “ven” su misión y en particular su obra. Esta experiencia es, de algún modo, algo extraordinario, fruto de una intervención particular de Dios en su vida, un punto clave cuya presencia es señal de la autenticidad de su llamada. Podemos pensar en Abrahán, que salió de la tienda a contemplar las estrellas, o en Moisés, que en el monte vio el modelo de la Morada, o en Elías, que recibe una nueva misión. Podemos pensar en María, que en el Magníficat “ve” su realidad en el designio de Dios. ¿Hay un momento similar en las narraciones evangélicas?

Parece que la Transfiguración marca esta experiencia de descubrimiento y contemplación. Entre los discípulos, algunos son elegidos para ver venir el Reino de Dios con poder. Hay que destacar el hecho que todo se concentra en Jesús: se puede decir que el Reino de Dios es Él, manifestado en la glo-

ria anticipada de su cuerpo resucitado. Si nos preguntamos cuál es el carisma de Jesús, uno de los lugares en los que hay que buscar la respuesta es justamente la narración de la Transfiguración, que Pablo relea como fuente de la esperanza cristiana (cf. *Flp* 3, 19-21).

La composición de la obra

A partir de la Transfiguración, el camino de Jesús comienza otra etapa.

En los sinópticos, esta etapa espiritual se desarrolla geográficamente en el viaje hacia Jerusalén, a lo largo del cual Jesús instruye a los discípulos. La experiencia de la visión recién compartida constituye la base a partir de la cual él construye la comunidad y el tipo de relaciones que la debe caracterizar, para que ella sea su presencia, el sacramento de su unidad con el Padre.

Es una llamada a la corresponsabilidad, a la decisión de arriesgar en primera persona por la obra de otro, porque se descubre que, más allá de todo, se pertenece a ella.

Todo se pierde

Los fundadores pasan por purificaciones muy radicales, para que aparezca claramente que lo que está naciendo proviene de Dios. Las pruebas más dolorosas son las que proceden del interior: muchos fundadores viven en la incertidumbre durante años, porque no saben si su obra será o no aprobada por quien en la Iglesia tiene autoridad y responsabilidad. Con frecuencia se les examina, se les impide actuar; otras veces la causa de su sufrimiento son sus hijos, que piensan que comprenden la obra más que el padre que la ha hecho nacer. También son aprobados interiormente, les parece estar separados de Dios, les viene la duda de ser instrumento no de santidad sino de perdición para quienes los siguen.

Todo esto se ve en Jesús, que en realidad no necesitaba pruebas: se las han procurado los hombres, y él, fiel a la consigna del Padre, no se opuso.

Algunos dirigentes del pueblo lo rechazan; un discípulo lo traiciona. La prueba más grande le viene a través del tipo de condena a muerte que eligen para él: la muerte de malditos de Dios. Con ello le quieren decir que todo lo que ha dicho y hecho no está bajo la bendición divina, al contrario. Pero Jesús permanece firme, aunque con el corazón dolorido. Como siempre, está totalmente dirigido hacia el Padre, y todo lo espera de él, incluso la respuesta a su inmenso «*Por qué*» (cf. *Mt 27, 46*), en el cual acoge en sí –vaciándose infinitamente y extendiendo el amor trinitario para abrazar, purificar y santificar– todos los límites, dolores y pecados del mundo.

Todo se encuentra

La resurrección es la respuesta del Padre, la confirmación divina de su obra. Las puertas del infierno no prevalecerán, porque Jesús ahora está siempre con los suyos, en su vida resucitada participada a los discípulos en el don del Espíritu.

Bajo este aspecto, vemos también la distancia entre Jesús y los fundadores que han venido después de él en la Iglesia: Jesús se da a sí mismo a los suyos de un modo incomparablemente más grande de lo que los fundadores puedan hacerlo; aunque es verdad que en él también los fundadores pueden dejar a sus hijos su espíritu sin límites, en un progreso infinito. Igual que Jesús es el camino, también los fundadores se hacen camino para sus hijos, los cuales, recorriéndolo, pueden encontrar y recibir su espíritu en su totalidad.

La conclusión del Evangelio de Marcos: «*El Señor actuaba juntamente con ellos*» (*Mc 16, 20*), expresa clarísimamente la vida y la

acción del Resucitado en su “Familia Religiosa”, fuente para sus hijos de paz y de alegría.

¿Tenía Jesús conciencia de sí mismo?

Los estudiosos se afanan en ver si Jesús verdaderamente tenía conciencia sobre sí mismo, si realmente quería cuanto nació de él. A quien hace preguntas de este tipo se le puede responder preguntando cómo es posible conocer si Jesús sabía, y luego ofrecer la respuesta que da todo el Evangelio: ¿quieres saber a dónde lleva este camino? Recórrelo. No hay otro modo de saber si Jesús sabía sino es aceptando el ofrecimiento que él hace de verificar esto hasta el infinito en la unidad con él; porque dice él mismo: «*La gloria que me has dado a mí, yo se la he dado a ellos, para que lleguen a ser perfectos en la unidad, y no solo ellos, sino todo el mundo sepa que tú me has enviado y los has amado como me has amado a mí*» (cf. *Jn 14, 22-23*).

Una regla sirve para conservar el espíritu típico de una fundación, así como una partitura sirve para fijar la inspiración musical del artista, y una receta los sabores de una tarta amasada sabiamente por la cocinera. Jesús no dejó nada escrito en papel, sino que escribió en los corazones, y así nos dejó libros vivos de la vida de su Espíritu, que Él da sin medida

Los evangelistas nos atestiguan que Jesús tiene plena conciencia de ser enviado a realizar una obra, obra que se hace con las personas, por tanto una familia que él forma y funda (cf. *Jn 13, 13*). Familia que lo prolonga en el tiempo, él que lo contiene todo, y

que extiende a todos los lugares –contenidos en él– los dones de su redención. Familia regida por su persona, en la cual, por su infinito amor por cada uno, cada cual florece como persona en la unidad con él y con todos los demás. Familia que es portadora del don del carisma de su fundador, la vida de Dios en la tierra como en el cielo. Familia en la que, en la unidad del carisma de fundación, se distinguen, como un evangelio desplegado en los siglos, los dones de los individuos, entre los cuales también los dones de fundación.

Un primer ejemplo en el Nuevo Testamento, aunque muy informal, podemos verlo en Pablo, siempre acompañado por un grupo de personas que comparten con él una inspiración particular, y que cada uno tiene con él una relación especial.

¿Qué discípulos? ¿Qué hijos?

En las experiencias de fundación sucedidas a lo largo de los siglos, aparece también otro detalle, que podemos buscar y encontrar en el Nuevo Testamento: no es raro que los fundadores “vean” en alguno de sus hijos la imagen realizada, perfecta, por así decirlo, de la inspiración que les mueve y que tratan de encarnar en sí mismos y en muchos. Por ejemplo, alguien ha dicho que san Ignacio veía en san Francisco Javier la realización del carisma jesuita; quizá se puede decir lo mismo de santa Teresa de Jesús respecto a san Juan de la Cruz. Pero son muchos más los ejemplos posibles. ¿Y para Jesús? ¿Habría visto en alguno de los suyos la realización del don que había venido a traer?

Quizá una respuesta la sugiere Dante: “Virgen Madre, Hija de tu Hijo”. Hija porque es madre, madre porque es virgen, que no se conoce a sí misma porque es conocida solo por Dios. Si el carisma del Verbo hecho hombre es la encarnación, deseando

ser vacío de sí mismo ante el Padre y llenarse de la criatura, siendo pronunciado por el Padre como palabra en los tiempos y en los espacios, esto mismo se ve en María, en la cual y por la cual sucede esto de manera única y realísima. Y sucede porque ella vive en relación a Cristo lo que él vive en relación al Padre. Nadie está más unido a su hijo, nadie es más distinto de él que su madre. Y en María esto es único, y a la vez participado, y comunicable justo porque también ella, como su hijo, está vacía de sí misma, y quien la sigue la encuentra en el vacío que hace de sí mismo para dejar vivir a Cristo.

La visión de Cristo como Fundador ayuda a poner en evidencia su ser totalmente vacío de sí mismo, dirigido al Padre, su transparencia y revelación –características que necesariamente califican a todos los fundadores, porque de lo contrario no atraerían a nadie–, y la realización histórica de este recorrido en sus distintas etapas, ricas de indescriptible belleza y fascinación

En el *Stabat* de María podemos ver, además de su amor por el hijo, su entrega a su obra, a su inspiración. Quizá también en este sentido fue dada por Jesús como madre al discípulo amado: para que se convirtiera en su forma, para que pudiera vivir en él, y así poder engendrar continuamente a Cristo.

¿Qué regla y qué constituciones?

También en este punto, fundamental en la vida de una familia religiosa, Jesús

muestra la línea hacia el cual tienden los fundadores. Porque una regla sirve para conservar el espíritu típico de una fundación, así como una partitura sirve para fijar la inspiración musical del artista, y una receta los sabores de una tarta amasada sabiamente por la cocinera. Jesús no dejó nada escrito en papel, sino que escribió en los corazones, y así nos dejó libros vivos de la vida de su Espíritu, que Él da sin medida (cf. *Jn* 3, 34). Y en ellos, «*la mano veloz del Verbo que escribía en los corazones*» (León Magno) fija su mandamiento, la clave para entrar en el mundo nuevo y divino que ha venido a traer. Y su mandamiento es verdaderamente llave y puerta abierta, porque si morimos a nosotros mismos en el hermano, y le pedimos que haga lo mismo, juntos por él, Cristo “está” realmente y reina en medio de nosotros (cf. *Lc* 24, 36; *Jn* 20, 19; *1R* 3, 8) y sigue infundiendo su Espíritu divinizante¹.

Mirando al término

La experiencia de los fundadores se reencontra en la experiencia de Cristo, es confirmada por ella, y, al mismo tiempo, ofrece de la experiencia de Cristo una clave de lectura no solo especial, sino también privilegiada, no solo en términos generales, sino también según muchos aspectos particulares.

Si Cristo es la piedra angular, el cimiento, ¿dónde captar su verdad sino en las muchas fundaciones que han nacido de su Espíritu? También una diócesis, cada Iglesia local puede entenderse como Familia, teniendo en el corazón al obispo como padre y a los presbíteros como su comunidad estable, vinculada por votos –las promesas sacerdotales– ; y así toda realidad en la Iglesia, y la Iglesia misma, es familia de Dios fundada en la tierra por su Hijo.

En particular, la visión de Cristo como Fundador ayuda a poner en evidencia su es-

tar totalmente vacío de sí mismo, dirigido al Padre, su transparencia y revelación –características que necesariamente califican a todos los fundadores, porque de lo contrario no atraerían a nadie–, y la realización histórica de este recorrido en sus distintas etapas, ricas de indescriptible belleza y fascinación.

Una última observación sobre estos dinamismos quizá puede hacer entrever un camino, las opciones prioritarias.

Entre tantos libros escritos en la larga historia que ha acompañado la redacción de la Biblia, solo algunos han sido amorosamente guardados y transmitidos hasta formar parte del canon. Son muchas las razones, pero quizá podemos subrayar una: los lectores encontraban en tales libros el sentirse dirigidos hacia la fuente de la luz que los hacía luminosos, espiritualmente atractivos. En su vértice, la Palabra viva del Padre, dirigida a Él; en torno a él aquellos que llamó para ser su reflejo más espléndido. Es probable que, también en un futuro, sea esto lo que quede de las obras de los fundadores, que queden aquellos que más vivan esta actitud, aquellos en los que la variedad de colores que son los carismas más se conviertan en luz, sean solo luz.

¹ A partir de este punto, se puede captar un aspecto especial del carisma de Chiara Lubich, transmitido a su Obra: si es verdad que es obra de todos los carismas dar vida a Cristo en la historia, también es cierto que a través de ellos, Cristo nace en alguien o algo distinto de sí: en el alma de los consagrados (carismas de oración y contemplación), en la vida de otros hermanos a los que los consagrados se dedican (según los muchos aspectos señalados por las obras de misericordia); pero el carisma de Chiara tiene como elemento típico que hace nacer a Cristo resucitado en sí mismo, vivo para la consumación, para la vida de los que por él se pierden en la unidad. Justamente, Obra de María que ha dado así y sigue dando Cristo al mundo.

Los fundadores, un “don” del Magisterio

Santiago M. González Silva, c.m.f.

A través de algunos textos fundamentales, podemos ver el apoyo que el Magisterio ha dado al florecimiento de muchos carismas y de nuevas comunidades.

EL título indicado para mi colaboración me parece muy apropiado y rico de matices. No voy a hacer aquí un análisis teológico de lo que el Magisterio reciente ha dicho en los documentos, sino más bien constatar la iniciativa magisterial a este respecto, que tuvo un primer momento y luego se ha mantenido de forma continuada.

La progresión temática es impresionante. En los textos conciliares se advierte el resurgir de una conciencia nueva: la Iglesia es carismática por naturaleza. En el capítulo dedicado al pueblo de Dios, de la constitución *Lumen gentium*, se afirma: el Espíritu «*reparte entre los fieles de cualquier condición incluso gracias especiales, con que los dispone y prepara para realizar variedad de obras y de oficios provechosos para la renovación y una más amplia edificación de la Iglesia según aquellas palabras: “A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad” (1Cor 12, 7). Estos carismas, tanto los extraordinarios como los más sencillos y comunes, por el hecho de que son muy conformes y útiles a las necesidades de la Iglesia, hay que recibirlos con agradecimiento y consuelo*

(LG 12). El origen, finalidad y difusión propios de estas gracias son un fundamento imprescindible para cuanto sigue.

Situándolas luego en el contexto de la Iglesia, se dice: «*demuestra también a la humanidad entera la maravillosa grandeza de la virtud de Cristo que reina y el infinito poder del Espíritu Santo que obra maravillas en su Iglesia. Por consiguiente, un estado cuya esencia está en la profesión de los consejos evangélicos, aunque no pertenezca a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece, sin embargo, de una manera indiscutible, a su vida y a su santidad*» (LG 44). La atención se orientó prevalentemente a la frase conclusiva: no pertenece (la vida consagrada) a la estructura sino a la vida y a la santidad. Sin embargo, tiene mayor importancia la fuente de donde procede, que es algo que también se pone de relieve: la virtud de Cristo y el poder del Espíritu.

La acción del Espíritu

En el número siguiente (LG 45) se menciona la acción del Espíritu en el hecho del

reconocimiento por parte de la Iglesia de las reglas propuestas por los fundadores y fundadoras, “hombres y mujeres”. Más incisivo es el texto de la *Perfectae caritatis*, en el que se afirma que muchos de ellos, «bajo la inspiración del Espíritu Santo», fundaron familias que la Iglesia aprobó de buen grado (PC 1).

La expresión más decisiva la plasmó Pablo VI, quien dedicó un punto al *Carisma de los fundadores* en la exhortación *Evangelica testificatio* (n. 11). Allí se dice que es Dios quien suscita en la Iglesia a los fundadores. Exhorta, siguiendo el Concilio, a *ser fieles al espíritu de los fundadores, a sus propósitos evangélicos y al ejemplo de su santidad*. En su pedagogía, el papa Montini, más que una definición, prefiere ofrecer una reflexión que sirva de invitación a ser protagonistas en el redescubrimiento del carisma. Se ve en ello un principio y uno de los criterios más seguros para la renovación que todo instituto debe emprender. La vida religiosa, en cuanto carisma, es fruto del Espíritu Santo, que siempre actúa en la Iglesia.

El proceso seguido por la vida consagrada en estos años ha demostrado que dicha indicación era la adecuada. Ninguna otra se ha demostrado tan válida como esta en las más variadas circunstancias. El último escrito sobre esta materia de aquel pontificado, *Mutuae relationes*, lo describía de forma sintética así: «una experiencia del Espíritu transmitida a los propios discípulos para ser por ellos vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo, en crecimiento perenne» (n. 11).

La gracia del carisma

Es necesario partir del principio “experiencia del Espíritu”. El carisma de un fundador es un don sobrenatural que pertenece al dinamismo de la gracia. Desde

los primeros momentos es comunicado a otros y compartido por otros. Origina una interacción en cuyo punto focal se encuentra el fundador. En esta participación no se da una igualdad paritaria, sino que existe una jerarquía de comunicación, pero vivida de manera espontánea, no impuesta. Y esto pone en evidencia a un mismo tiempo tanto la humildad del fundador, que reusa cualquier culto a la propia persona, como la trascendencia genuina de la misión recibida.

Aquí se fundamenta la forma de ver el futuro, que no obedece a cálculos o determinadas previsiones. Es fruto de una salvación que llega, y que jamás pueda fallar, de Cristo y del Espíritu, a la cual se orienta cada una de las etapas sucesivas como parte de un camino que se dirige hacia su cumplimiento definitivo.

Esta doctrina tan clara ha sufrido algunas deformaciones. En primer lugar, la desviación histórica. Este concepto puede enriquecerse con las investigaciones sobre los tiempos y los acontecimientos. Sin embargo, tiene también un valor teológico y debe juzgarse desde esta perspectiva, de lo contrario no se hace justicia ni siquiera a la verdad íntima de las personas. Interpretar, pues, la vocación en términos solo de suplencia social resulta miope, además de ridículo, cuando aquello que se quiere manipular, más que servir, no coincide con sus planteamientos.

Otra visión consiste en valorar un carisma por su poderío estructural, o bien por la originalidad de sus ideas. Alguno, poniendo de relieve que estos criterios solo son válidos para los “grandes”, ironizaba con la posibilidad de aplicar dicho criterio a la familia del Cottolengo, que en algunos de sus componentes tuvo que esperar más de cien años (1840-1969) para obtener la aprobación pontificia. En todo caso, es de admirar una eficacia que es capaz de actuar esplén-

didamente, a pesar de tener una organización precaria.

Finalmente, alguna vez se ha cedido al enredo de las distinciones: carisma del fundador, de fundación, del instituto, etc. Nunca se ha logrado algo verdaderamente consistente. Más aún, recientemente todo esto se ha dejado de lado sin llegar a algo concreto. Poner por una parte el carisma del fundador, contraponiéndolo por otra al carisma del instituto, parece solo un torpe intento de justificar arriesgadas “refundaciones”. Es algo que no lleva a ninguna parte. La dependencia del fundador indica la primacía de la intervención divina. Podemos pedirla con confianza, procurarla con perseverancia, pero sería un error de principio

intentar fabricarla por cuenta propia. Como bien decía don Abundio: “nadie puede darse el valor a sí mismo”. Pues aún menos crear un carisma, que es una obra del Espíritu, siguiendo únicamente nuestras intuiciones que, en ocasiones, tienen mucho que ver con modas pasajeras, enmascaradas con retóricas artificiales.

El beato Juan Pablo II compartía estos principios, acentuando aún más las consecuencias. Existe un amplio campo para aplicar el discernimiento y descubrir, incluso en las realidades más modernas, que hay cosas que no son válidas. Lo que verdaderamente cuenta es vivir en contacto con el don vivificante en el que hemos sido engendrados por una palabra de verdad.

«ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO...»

¿De dónde podemos nosotros sacar la inspiración ideal para ser la encarnación de los fundadores hoy, reunidos en un espíritu de comunión y de unidad?

Antes de nada parece oportuno recordar que la historia de la Iglesia nos ofrece ejemplos estupendos de “amistad espiritual” entre los fundadores, como la de Francisco y Domingo. Aquellos que están unidos en Dios se sienten mucho más unidos entre sí, y al revés, la unidad de los hermanos es la manifestación de la comunión en Cristo y de su presencia en medio de ellos (cf. *PC* 15). Nace así la fraternidad y la amistad entre los fundadores, sensibles como ninguno de que en el testimonio de comunión y en la fecundidad de la unidad es donde debe actualizarse el designio de Dios para los hombres de nuestro tiempo.

Si hoy estuvieran presentes sobre la tierra nuestros fundadores ¿no estarían todos más unidos en el servicio de la Iglesia, en una espiritual amistad y lúcida y armónica colaboración, para afrontar en el discernimiento y la laboriosidad, los grandes problemas espirituales y materiales..., como “intérpretes y traductores” de los designios de Dios sobre toda la familia humana? Tal vez es ésta la gracia del momento presente y el desafío que nos llega de nuestros fundadores hoy... Nuestros fundadores están unidos en el cielo. Nosotros tendremos que realizar en la tierra lo que es la unidad de nuestros fundadores en el cielo.

J. Castellano, o.c.d. *Los Fundadores hoy: don y desafío para nuestro tiempo*, en *Creer juntos en Cristo*, Ediciones Claretianas, Madrid 1990, p. 56.

Para comprender el carisma de un fundador.

Pasión por la Iglesia y por la humanidad

Santino Bisignano, o.m.i.

Los religiosos están llamados a conjugar cuatro verbos para ser fieles al propio carisma: transmitir, vivir, custodiar, profundizar.

La experiencia del Espíritu

Para comprender el carisma de un fundador y la “experiencia del Espíritu” que lo caracteriza con su familia de consagrados, debemos partir de la Iglesia, la amada Esposa de Cristo, y de su misión en el mundo. La Iglesia es «esencialmente misterio de comunión, pueblo reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (San Cipriano); se configura «como una comunión “orgánica”, análoga a la de un cuerpo vivo y operante. En efecto, está caracterizada por la simultánea presencia de la diversidad y de la complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades» (Christifideles Laici 20). El Espíritu, se ha hecho notar, es el principio dinámico de la variedad y de la unidad en la y de la Iglesia. «El Espíritu Santo no sólo confía diversos ministerios a la Iglesia-Comunión, sino que también la enriquece con otros dones e impulsos particulares, llamados carismas. Estos pueden asumir las más diversas formas, sea en cuanto expresiones de la absoluta libertad del Espíritu que los dona, sea como respuesta a las múlti-

ples exigencias de la historia de la Iglesia» (ChL 24). Los ministerios y los carismas son dones del Espíritu Santo y se conceden para la edificación del Cuerpo de Cristo y para su misión de salvación en el mundo, es decir, «son gracias del Espíritu ordenadas a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo» (ibid.). Estos datos iluminan el motivo de la intervención a lo largo de la historia de Cristo el Señor, que es el Pastor y la Cabeza de la Iglesia: «Los mismos dones dados por el Espíritu son precisamente queridos por Cristo y son por su naturaleza dirigida a la contextura del cuerpo con el fin de vivificar sus funciones y actividades» (Mutuae Relationes 5).

En esta luz hay que ver a cada fundador con su familia de consagrados, lo mismo que el multiplicarse de los dones del Espíritu a lo largo de los caminos del pueblo de Dios y de la humanidad. Si se pierde esta visión y se saca de su contexto natural –la Iglesia y el mundo–, todo Instituto se encamina hacia su deterioro al cerrarse en sí mismo y en sus obras, sin abrirse a los estímulos y las llamadas, los sufrimientos y las necesidades pre-

sentes en la sociedad. «*Todos los Institutos religiosos han nacido a causa de la Iglesia y para ella; obligación de los mismos es enriquecerla con sus propias características en conformidad con su espíritu peculiar y su misión específica*» (MR 14 b)

Existe otro aspecto a tener en cuenta; se trata de la identidad cristológica de la vida consagrada. Se le define como «*memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos. Es tradición viviente de la vida y del mensaje del Salvador*» (VC 22). Esta descripción remite a la *Lumen gentium* donde se dice que «*el estado religioso imita más de cerca y representa perennemente en la Iglesia el género de vida que el Hijo de Dios tomó cuando vino a este mundo para cumplir la voluntad del Padre, y que propuso a los discípulos que quisieran seguirle*» (LG 44). Juan Pablo II afirma que es Cristo mismo el que inaugura este género de vida que, bajo la acción del Espíritu, se desarrolla gradualmente a lo largo de los siglos en las distintas formas de vida consagrada (VC 29). Afirma además que, en su realización histórica, nace de la contemplación de Cristo Crucificado (VC 23), es decir, en la inmersión en el misterio pascual que es plenitud y revelación del amor del Padre que ha mandado a su Hijo unigénito para salvar al mundo (cf. Jn 3, 16-17). Todo carisma de vida consagrada es, por tanto, en su forma histórica, una manifestación viviente, por obra del Espíritu, del misterio de Cristo o de un aspecto particular de Cristo: «*ya entregado a la contemplación en el monte, ya anunciando el reino de Dios a las multitudes, o curando a los enfermos y pacientes y convirtiendo a los pecadores al buen camino, o bendiciendo a los niños y haciendo bien a todos, siempre, sin embargo, obediente a la voluntad del Padre que lo envió*» (LG 46). Benedicto XVI ofrece una visión de la vida consagrada que muestra la belleza de sus orígenes, la fecundidad de la Palabra, su función: «*El Espíritu Santo –nos recuerda la Instrucción Caminar desde Cristo– ha iluminado con luz nue-*

va la Palabra de Dios a los fundadores y fundadoras. De ella ha brotado cada carisma y de ella quiere ser expresión cada Regla» (n. 24). Y en efecto, el Espíritu Santo llama a algunas personas a vivir el Evangelio de manera radical y a traducirlo en un estilo de seguimiento más generoso. Y así nace una obra, una familia religiosa que, con su presencia, pasa a ser “exégesis” viva de la Palabra de Dios. Continúa el papa Benedicto poniendo de relieve una particular e inesperada función eclesial de la vida consagrada: «*El sucederse de los distintos carismas de la Vida Consagrada, dice el Concilio Vaticano II, puede ser leído como un desplegarse de Cristo en los siglos, como un Evangelio vivo que se actualiza siempre en nuevas formas (cf. Lumen gentium, 46). En las obras de las Fundadoras y los Fundadores se refleja un misterio de Cristo, una palabra suya, se refleja un rayo de luz que emana de su rostro, esplendor del Padre (cf. Vita consecrata, 16)*».

Responsabilidad eclesial

Hay, pues, una responsabilidad con relación a la Iglesia y a los pueblos que nos obliga a vivir el don recibido, a conocerlo cada vez mejor en el designio de Dios, a custodiarlo y a profundizarlo en todas sus dimensiones: histórica, teológica, espiritual, social, cultural y apostólica; a crecer en la comunión eclesial como personas que pertenecen a Cristo y comparten su vida virginal y pobre en la plena obediencia al Padre, como hace María, Madre y Discípula (LG 46). La “experiencia del Espíritu” actualiza el misterio de Cristo y evidencia un aspecto específico de quien es llamado a ser “memoria viviente”, como don hecho por Cristo a la Iglesia. La Exhortación Apostólica distingue siete grupos de formas de vida consagrada (VC 5-11), sirviéndose de la imagen de la “planta llena de ramas que hunde sus raíces en el Evangelio” y evidencia la contribución que cada uno ofrece a toda la Iglesia, de forma

que su conjunto traza y describe las líneas esenciales del rostro del discípulo y del pueblo de Dios, en Cristo, y es testimonio profético en medio del mundo.

Las responsabilidades de toda Institución de vida consagrada son grandes y abarcan a todos los miembros de la familia. Podemos aprovechar los verbos de *Mutuae Relationes* para ver cómo se concretiza esta responsabilidad eclesial. Leemos en el documento sobre la relación entre Obispos y religiosos: «*El carisma mismo de los Fundadores se presenta como una “experiencia del Espíritu” transmitida a los propios discípulos para ser vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente por ellos, en sintonía con el Cuerpo de Cristo en el proceso de crecimiento*» (MR 11; cf. VC 48).

Transmitir

El primer verbo –transmitir– explica cuál es la responsabilidad del fundador: transmitir a aquellos que el Señor agrega a su familia el don recibido como fundador, que consiste en la particular experiencia de Cristo y de su misterio de amor y que constituye su identidad eclesial. Pensemos en santo Domingo, en San Francisco de Asís, en san Ignacio y en tantos otros, y pensemos en su celo con relación al don recibido para que nada lo altere o lo contamine, ni siquiera con elementos positivos que no son propios de su vocación, es decir, del designio de Dios sobre ellos dentro del designio de Dios sobre la Iglesia. “Transmitir” es un verbo de relación; no hay transmisión sin relación, sin un canal de comunicación: y este canal es el amor difundido en el corazón del fundador, que le constituye en padre y madre. La relación es reciprocidad de amor, de comunión: «*amaos como yo os he amado*» (Jn 13, 35). El amor de Jesús tiene un carácter trinitario, es decir, ocurre junto al del Padre con el que es una sola cosa (Jn 10, 30; 17, 21). Jesús pide que también nosotros seamos una sola cosa

como Él es una cosa sola con el Padre: así un fundador con sus hijos. Es una realidad que se lleva a cabo en las modalidades históricas del tiempo, a lo largo de la vida del fundador y sucesivamente, con las modalidades de su plena participación en la resurrección de Cristo glorificado («*Nuestro Dios es Dios de vivos*», Lc 20, 38).

Vivir

La respuesta, en la comunión, que procede de los miembros de la Familia del fundador se establece en la trilogía: *vivir, custodiar, profundizar*. Los tres verbos constituyen una unidad, no hay que tomarlos separadamente, sino verlos en su dinamismo e interdependencia.

Vivir supone “acoger” la experiencia del Espíritu, por la gracia de la “llamada” al seguimiento de Cristo virgen, pobre y obediente (VC 18), y traducirla en vida en el hoy personal y comunitario. No se comprende si no se vive. Vivir es experimentar, participar desde el fondo, hacer propia la experiencia del Espíritu. Debe ser reavivada, como escribe Pablo a Timoteo (2Tim 1, 6). La experiencia tiene un carácter integral, es decir, implica a toda la persona y en todas sus dimensiones; y tiene un carácter integrante, es decir, armoniza y genera unidad interior en torno a la persona de Cristo. La relación con Él tiene la capacidad de hacer florecer la figura del creyente cristiano y de la persona consagrada en su actualidad histórica, de *determinar* y cualificar el estilo de vida, el pensamiento, las opciones, la visión de sí mismo, la visión del otro, y del futuro.

Debemos dar espesor al verbo *vivir* interiorizando la Palabra e introduciéndolo en el misterio pascual.

Custodiar

Custodiar la experiencia del Espíritu en su integridad, así como el fundador la ha recibi-

do y transmitido a los suyos. Custodiar es tener cuidado de la obra divina –porque es tal también ante un pueblo peregrino necesitado de salvación–, protegerla, respetarla, que en el fondo es ser fieles al designio de Dios en su realización progresiva. El verbo custodiar reclama la misión confiada a nuestros padres: guardianes del jardín confiado a ellos por el Señor para completar, juntamente con Él, la obra de la creación (cf. *Gen* 1, 26-28). Somos custodios de una realidad humano-divina que no nos pertenece, que no nace de nuestra iniciativa, sino que es don del Altísimo, en la cual se manifiesta que Dios obra junto con el hombre en la realización de su designio de amor y en la respuesta a las necesidades de su pueblo y de la humanidad. Custodiar es ser vigilantes y proteger de las infiltraciones del mal y de los engaños del maligno. Hay algunas barreras que pueden falsear la visión de la vida consagrada y alejarla de la tarea de custodiar y de vivir. Entre ellas, está el concebir la fidelidad como un acto repetitivo, considerando las formas históricas de realización como realidades permanentes para reproducir incluso en la misma evangelización; la lectura del carisma y de la espiritualidad en clave individualista y subjetiva; asumir el carisma como un “instrumento de poder”; el narcisismo y el secularismo.

El Señor, en su amor, nos pone a prueba, nos purifica, para que seamos en la Iglesia y para la humanidad el don en su pureza evangélica.

Profundizar

La profundización es necesaria tanto para saber custodiar correctamente como para el desarrollo. Se fundamenta en que la experiencia del Espíritu está en desarrollo como una semilla que se convierte en planta; por consiguiente, la profundización es una revelación ulterior de las potencialidades conte-

nidas en el carisma, de su dinámica en la historia y del designio de Dios que hace a la Iglesia ese particular don.

La primera etapa de profundización es la lectura de la vida, –personas, comunidad, ministerios– porque la experiencia del Espíritu se expresa creciendo y así se manifiestan las intenciones presentes en germen en el fundador. A la lectura de la vida ha de acompañarla la reflexión, la investigación, el estudio, el discernimiento de las nuevas situaciones eclesiales y sociales. La profundización se hace igualmente con el seguimiento de la expansión de la familia religiosa, con la llamada por parte del Señor de otros miembros provenientes de nuevos países y culturas. También con la aportación de las nuevas generaciones en el ámbito de la vida en el Espíritu, en la vida fraterna, en la misión y en las obras de evangelización y de caridad, con la presencia en los nuevos areópagos en los que se suelen encontrar las personas (cf. *RM* 37c) o se reúnen entre sí (por ejemplo internet).

La segunda etapa es la lectura sapiencial de la historia del Instituto y de la vida consagrada; ayuda a *ver* a nuestros fundadores y fundadoras dentro de la vida de la Iglesia y en relación con ella, a través de ellos, con las necesidades, las llamadas, los sufrimientos y las esperanzas de la sociedad, ane todo de los pobres (Cf *GS*, 1). Así se explican la variedad de las respuestas y la continua novedad del Espíritu.

Recorrer los caminos de la historia es hacer “memoria” de estas maravillosas realidades, que se convierten en “escuela” para nosotros: nos abren, por la sencillez del corazón (cf. las bienaventuranzas) a la acción del Espíritu, el cual, en el sí libre del amor, plasma en nosotros el sentir de Cristo y nos envuelve en la realización del designio de Dios sobre la humanidad de hoy. La historia ayuda a comprender la pedagogía de Dios y su amor por todos, porque todos son sus hi-

jos; nos hace estar atentos a su acción en nuestro hoy para colaborar con Él, según el don recibido, respondiendo a los desafíos nuevos y antiguos del corazón humano, encaminados todos juntos hacia la plenitud de la vida, de la paz y de la alegría. No nos acercamos a la historia, por tanto, sólo para conseguir una cultura, sino para introducirnos, con la “especialización” del carisma, en el movimiento de la vida en Cristo Señor en el que todo se recapitula, encuentra su armonía y experimenta la belleza de la creatividad en la comunión, a modo de la Trinidad.

Desarrollar

El último verbo da un respiro eclesial a la experiencia. Todo don tiende, por su naturaleza, a desarrollar la propia identidad carismática expresándose en el círculo de la comunión eclesial y entrando en relación –a modo de la Trinidad (VC 41)–, con los demás dones concedidos por Cristo, manifestando así, visiblemente, en la unidad entre todos «*como ramas de una única Vid, la plenitud del Evangelio del Amor*» (VC 52). Si nos quedamos en la sola trilogía, la familia consagrada corre el riesgo de encerrarse sobre sí misma y de no comprender ni siquiera al fundador: lo venera como un santo, pero no como guardián y realizador de un designio del Padre y de una experiencia del Espíritu que él ha transmitido a los suyos para continuar sirviendo al pueblo de Dios y al hombre.

Cada una de las expresiones de MR 11 deberá sopesarse para comprender el significado a *desarrollar*. Este es el paso: «*la experiencia del Espíritu se desarrolla constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en perenne crecimiento*». La vida no se detiene; madura y crece continuamente en sus estaciones hasta la plenitud, alcanzándola no por sí solos, como un árbol solitario sobre una colina o en el desierto (aparentemente, porque se nutre de la vida escondida en el suelo y respira

de los rayos del sol). Se desarrolla viviendo en relación con toda la Iglesia, caminando en sintonía con el Cuerpo de Cristo, respetando y valorando las diversidades en la tensión hacia la plena unidad, como acontecimiento evangelizador (cf. Jn 17, 21). Es un hecho que el Cuerpo de Cristo está “en perenne crecimiento”: también nosotros, por tanto, como miembros suyos. La fidelidad creativa no afecta solo a la institución en su dinamismo carismático (cf. VC 37), sino también al caminar de las personas consagradas, con vigor profético, “en sintonía” con la Iglesia en su y nuestro hoy, que es abrazar los desafíos de renovación y de misión, sufrir por el evangelio, ayudados por la potencia de Dios.

“En sintonía” no es una expresión que remite a cualquier elemento externo como un revestimiento de la experiencia del Espíritu del fundador y del carisma del Instituto; es algo que está dentro de cada uno, es un pulsar en lo profundo del corazón del Instituto –desde el servicio de la autoridad en la vida cotidiana personal y comunitaria sobre los ritmos del Espíritu que anima a la Iglesia–; es compartir la pasión por el Reino y por la construcción de la “familia de los pueblos” en la paz y en la justicia (GS 40); es caminar con la Iglesia que compromete a sus miembros en la nueva evangelización y quiere renovarse a sí misma reavivando su propia fe; es poner en obra nuestros recursos y comprometer nuestras personas para que la Iglesia sea en el mundo de hoy un signo límpido de la presencia del Resucitado y de su acción de transformación del mundo. «*Vivid plenamente vuestra entrega a Dios, para que no falte a este mundo un rayo de la divina belleza que ilumine el camino de la existencia humana*». «*Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa para recordar y contar, sino una gran historia que construir. Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa, para seguir haciendo con vosotros grandes cosas*» (VC, 109, 110).

Ejemplaridad del fundador. Cinco aspectos de la relación con él

Gennaro Cicchese, o.m.i.

¿Qué puede despertar la vida consagrada, en un contexto de cambio antropológico y cultural, marcado por el “cansancio” y crisis de identidad? La relación con la figura emblemática del fundador –“santo que imitar, fundador que seguir, maestro que escuchar, padre que amar, intercesor que invocar”, según una hermosa frase de Marcelo Zago– es indispensable para redescubrir las raíces del propio carisma y responder a esta pregunta.

Consagrados hoy: ¿Cristianos cansados o cristianos vivos?

Los recientes eventos del Sínodo de Obispos sobre la nueva evangelización, el Año de la Fe promulgado por el Papa y el 50 aniversario del Concilio Vaticano II... Todo con el deseo de fondo de volver siempre a las fuentes y a la frescura de las raíces evangélicas, pretenden volver a dar respuesta a una pregunta: “Y tú, Iglesia, ¿qué dices de ti misma?”.

Pero esto, naturalmente, también cuestiona a la vida consagrada. ¿Cómo vivir la vida cristiana en un contexto histórico cultural que desafía nuestras antiguas certezas y nuestra débil identidad? ¿Es posible una fidelidad creativa al carisma, a un don de Dios dado al fundador y luego en herencia a sus hijos para el bien de la Iglesia

y de la humanidad? Y, a la luz de esto, ¿cuál es nuestra relación personal con el fundador?

En un tiempo en el que parece dominar un cambio, a todos los niveles, capaz de afectar a cualquier persona, valor y tradición, el consagrado ha de redescubrir el gusto de beber en las fuentes evangélicas y carismáticas para recorrer un itinerario como cristiano adulto, o mejor, como “cristiano vivo”. Porque es justamente este el reto actual: el de un cristianismo vivo, capaz de mirar a lo alto, para beber en el corazón de la Trinidad las respuestas a los interrogantes del hombre contemporáneo, suscitándolos también donde este hombre, drogado de bienestar y tecnología, o atormentado por la pobreza extrema y la falta de referencias, no sea capaz de plantearse las grandes preguntas: *¿Quién soy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?*

Una sensación de desconcierto se observa por todas partes. Dispersión a nivel social, político y económico. Y quizá también a nivel eclesial. Lo que más impresiona, en este momento delicado de la historia del mundo y de la Iglesia es un cierto *bajón de idealismo* y sobre todo de *coherencia*.

También el consagrado parece ser víctima de una especie de esquizofrenia: por un lado, la noble historia y la laboriosa tradición de su instituto; y, por otro, un presente lleno de preocupaciones, conexo con la pesadez de las “estructuras”, y un desánimo ligado al descenso vocacional y al envejecimiento del instituto. Las medidas tomadas para poner remedio parecen incapaces de producir efectos vitales: asambleas y capítulos generales, inspirados en los grandes temas de la renovación y de la conversión, parecen más bien una manera de decir que “estamos haciendo algo”, con el riesgo de caer en un nuevo tipo de activismo, para luego permanecer siempre en el mismo punto, sin cambio, sin perspectiva.

La mayoría de las veces no es falta de ideas, sino falta de fuerzas y de aplicaciones concretas de lo que se ha dicho. La vida consagrada ya no es un “dicho y hecho”, inspirado en la Palabra de Dios según el espíritu de nuestros fundadores, y por eso se convierte en pura evanescencia, creando ese sentimiento de tedio y de que poco se puede hacer, hasta el punto que muchos se preguntan para qué sirve tanto esfuerzo inútil. El hecho que emerge es el *cansancio* y como consecuencia una *inflexión* hacia una *mediocridad* generalizada. Si el ideal es demasiado alto, casi inalcanzable, mejor bajar el tiro. Un olvido de la memoria, de lo que éramos por vocación, de lo que hemos sido y estamos llamados a ser, parece atenuar muchas familias religiosas y muchos miembros de nuestros institutos. ¿De dónde partir?

El fundador, modelo de referencia

El punto de referencia está en la inspiración inicial, en la gracia vinculada al fundador. «*El hombre contemporáneo escucha de mejor grado a los testigos que a los maestros, o, si escucha a los maestros, lo hace porque son testigos*” (EN 67). La célebre afirmación de Pablo VI, que encuentra aplicación universal en la vida cristiana, también es válida para la especificidad de la vida consagrada.

La llamada personal de Cristo marca la vida de todos los cristianos. Él es el principal modelo de referencia. Los fundadores tienen una tal conciencia de ello que subrayan que la nueva familia religiosa es una reunión alrededor de Jesús, como los apóstoles entonces, para ser discípulos y anunciadores, gracias a su presencia y a su enseñanza. Pero también es verdad que ellos mismos, en cuanto guías carismáticos, han sido y son mediadores de nuestro encuentro con Cristo.

Como muestran estudios importantes sobre el tema, la formación de los discípulos está siempre vinculada al ejemplo de un maestro. Según Max Scheller, por ejemplo, la acción y el comportamiento humanos no tienen que ver con la búsqueda de una norma o de un deber ser universal al que adaptarse, sino más bien con el ejemplo de un guía inspirador¹.

Guido Cusinato lo explica así: «*La formación de la persona presupone una ejemplaridad que ya haya abierto el camino, que haya inaugurado nuevos horizontes. Uno es atraído por una ejemplaridad cuando siente poder desarrollarse o renacer “dentro” del espacio conquistado por un modo especial de vivir, por un gesto, por una propuesta o por una obra. Cuando encuentra en la ejemplaridad aquel espacio que en él se había bloqueado [...] La ejemplaridad ofrece su fuerza propia, en la línea del propio desarrollo, un espacio ulterior de crecimiento al ser del seguidor. [...] Sabiéndolo o no, el seguidor encuentra en*

ella la medida objetiva de su propio ser, del éxito o no de su propio vivir: se aprueba o desaprueba a la vista de tal ejemplaridad. [...] La ejemplaridad es la ocasión en la que el seguidor halla el estímulo y el espacio para renacer dando forma a su “deber ser individual”»².

Tratemos de profundizar cómo este estímulo y este renacimiento son posibles, a través de un texto de Marcello Zago, cuando era superior general de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada. En una carta dirigida a los oblatos en formación, de fecha 25 de enero de 1995³, año de la canonización de san Eugenio de Mazenod, escribía que el líder carismático es *un santo al que imitar, un fundador al que seguir, un maestro al que escuchar, un padre a quien amar y un intercesor al que invocar*. Me parece que estas características tienen valor universal para los institutos de vida consagrada.

Un santo al que imitar

Una persona es canonizada –escribe Zago– no porque *«fue fundador u obispo, o porque hizo cosas grandes, sino porque fue un santo»*. Se destaca aquí la idealidad, y con ella el objetivo de la vida cristiana, que es la santidad. Resuenan aquí las palabras de san Pablo: *«Soy yo quien os he engendrado en Cristo Jesús, mediante el evangelio. Os exhorto, pues, a ser imitadores míos»* (1Co 4, 15-16); *«Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo»* (1Co 11, 1; cf. Flp 3, 17; 1 Ts 1, 6).

Un fundador al que seguir

«Un fundador –escribe Zago– no es simplemente el iniciador de una misión humana. Su persona y su trabajo solo pueden comprenderse plenamente dentro de la economía salvífica divina, guiada por el Espíritu Santo, primer actor de la vida y de la misión de la Iglesia». No es tanto el elemento humano sino más bien el divino, la respuesta a una llamada personal

de Dios, lo que caracteriza la vida de un guía carismático. El inicio es decisivo. En él se contiene el núcleo carismático que Dios indica al elegido. Por eso, desde el principio y luego sucesivamente, en el recorrido histórico y carismático del instituto es necesario sintonizar con la figura del *líder, empatizar con su vida y su programa*: *«Para comprender el carisma del propio instituto –escribe Zago– es necesario comprender al fundador y armonizar con él, con su inspiración y su proyecto. Así percibimos el don que, a través de él, se le ha hecho a la Iglesia»*. En este recorrido de afinación de nuestro “sentir con” el fundador, es donde debe nacer una nueva relación con él, capaz de inspirar nuestras decisiones y nuestras acciones.

Un maestro al que escuchar

«El Concilio –sigue Zago–, y en consecuencia el Magisterio, nos invitan a renovarnos en el espíritu de los fundadores. El primer criterio es ciertamente el de la propia renovación en Cristo, al cual todo fundador hace referencia y del cual se revela como aspecto suyo. Para Eugenio, Cristo es el verdadero Fundador del instituto, el modelo. En su primera regla, escribe: “¿Qué finalidad más sublime que la de vuestro instituto? Vuestro fundador es Jesucristo, Hijo de Dios; vuestros primeros padres son los apóstoles. Ellos fueron llamados a ser los colaboradores del Salvador, los corredentores de la humanidad».

Hay, por tanto, un doble movimiento que realizar en nuestra vida cristiana. Por un lado, la escucha del Maestro, Jesús, mediante la revelación, y especialmente las palabras del Evangelio. Por otro, la escucha de la sabiduría del fundador, que, siguiendo a Jesús, imitando sus ejemplos y encarnando uno o más aspectos particulares, nos indica un camino de santidad para seguir mediante una regla de vida. Solo así será posible la “fidelidad creativa” y una verdadera renovación personal y comunitaria.

Un padre a quien amar

Escribe también el padre Zago: «Normalmente, los fundadores se consideran padres y madres del instituto que han fundado. Este sentimiento estuvo muy pronunciado en Eugenio de Mazenod, hasta el punto de ser un “ejemplo emblemático”. Esta actitud va ligada con una característica del carisma oblato: la caridad fraterna. Eugenio fue consciente enseguida de este elemento. En sus notas del retiro de 1824, escribió: “Bien puedo decir de estos queridos hijos como la madre de los Macabeos, que no sé cómo se formaron en mi seno”. Pocos años después escribió: “Soy vuestro padre, ¡y qué padre!”». Expresiones como el leitmotiv de su existencia, rimando, como un estribillo, las diversas fases de su obra.

Un intercesor al que invocar

Escribe el P. Zago: «En el cielo intercede por los suyos como hizo ante el Santísimo Sacramento. Escribió al P. Lacombe: “No te puedes imaginar cuánto pienso, en la presencia de Dios, en nuestros misioneros del río Rojo. Solo tengo un modo de acercarme a ellos: estando delante del Santísimo Sacramento, donde me parece que os veo y os abrazo. Y tú, por tu parte, debes estar a menudo en su presencia. Así es como nos encontramos los unos y con otros en ese centro viviente que nos sirve como medio de comunicación. Y vuestros sufrimientos y vuestros arduos trabajos, ¿podéis creer que no son frecuentemente el objeto de mi conversación y admiración?».

La relación posterior con el fundador y la fundadora, una vez que ellos han alcanzado la santidad, es la de dirigirse a ellos como a personas que pueden ejercer una intercesión especial ante Dios. Desde que el Señor los llama, ya no transmiten nuevas consignas, no reaccionan con las palabras a las nuevas situaciones y a las nuevas opciones que hay que tomar constantemente. Pero en su amor de padre y de madre y, como santos, pueden interceder por su fa-

El líder carismático es un santo que imitar, un fundador que seguir, un maestro que escuchar, un padre a quien amar y un intercesor al que invocar

milia ante el Señor. Las gracias y los milagros obtenidos por la intercesión de ellos son un ejemplo de su disponibilidad.

A la luz de este itinerario, que hemos recorrido a vuelo de pájaro, es evidente que solo reencontrando la compañía de nuestros fundadores, con su inspiración e impulso inicial, solo invirtiendo en la admiración hacia ellos y en la vivencia empática (“sentir con” ellos), seremos capaces de encontrar las respuestas que estamos buscando, mediante ese discernimiento personal y comunitario de nuestras familias religiosas, que es ante todo un amoroso acto de fe.

También seremos capaces de no caer en la tentación, bajando la guardia y cayendo en la tibieza y en la mediocridad. Redescubriendo aquel “primer amor” que nos inflamó cuando sentimos la llamada y el descubrimiento de nuestra vocación en una determinada congregación. Y no seremos reprendidos, como le sucedió a la Iglesia de Éfeso: «Tienes paciencia, y has sufrido por mi nombre sin desfallecer. Pero debo decir en tu contra que has perdido tu amor de antes. Date cuenta, pues, de dónde has caído; arrepíentete y vuelve a tu conducta primera» (Ap 2, 3-5).

¹ Cf. M. Scheler, *Modelli e capi. Per un personalismo etico in sociologia e filosofia della storia*, Franco Angeli, Milano 2011.

² Cf. G. Cusinato, *Le domande dell'antropologia filosofica*, in «Dialegesthai» 2010 (revista telematica) <http://mondodomani.org/dialegesthai/gcu03.htm>.

³ Cf. M. Zago, *Renewing ourselves in the charism of Eugene de Mazenod* (<http://www.omiworld.org/superior-general-writings.asp?sID=43>). La traducción inglesa es nuestra.

San Jorge Preca, como un san “Felipe Neri” de Malta

Joaquín Vicente, o.carm.

Juan Pablo II, al regreso de su viaje a Siria, se pasó por Malta para beatificar el 9 de mayo de 2001 a Don Jorge Preca, que sería proclamado por Benedicto XVI como primer Santo de Malta el 3 de junio de 2007. ¿Quién es este maltés que, después de 50 años de su desaparición, es reconocido por la Iglesia por sus virtudes heroicas y por sus obras magníficas?

DON Jorge Preca nació en Malta en 1880 en una familia de 9 hijos. Vivía a pocos pasos del Santuario de la Virgen del Carmen y ya de niño, según la costumbre del tiempo, fue incorporado a la Familia Carmelita con la imposición del Escapulario. Muy vivaracho, a la edad de cuatro años, estuvo en peligro de ahogarse, pero aquel día, el 16 de julio, fue salvado, como él mismo contó, por la intercesión materna de la Virgen. Joven todavía sintió la vocación por el sacerdocio y recibió el orden sacerdotal en diciembre de 1906. Por su vida prolifera, vivida santamente en el amor a Dios y el servicio al pueblo, prefiriendo a los pequeños y humildes, fue llamado como un san “Felipe Neri” de Malta.

Apóstol y fundador

A primeros de 1907, apenas ordenado sacerdote, empezó su misión reuniendo y formando un pequeño grupo de jóvenes veinte-

años, imprimiendo en su corazón los principios morales, el temor de Dios y la conciencia del infinito amor que Dios nutre por la humanidad. Ellos constituyeron el primer brote de la Sociedad Doctrina Cristiana, dicha comúnmente MUSEUM, letras iniciales de *Magister, Utinam Sequatur Evangelium Unversus Mundus* (Maestro, ojalá que todo el mundo siga el Evangelio), pero compuesta en un principio por varones, pronto fueron acogidas las mujeres, incorporándose después adultos libres de compromisos familiares que se volcaron en esta misión. La obra de Jorge fue la educación religiosa de los niños, de los chicos, de las chicas y de los jóvenes, realizada por seglares bien preparados por él. La actividad de la Sociedad estaba y está basada sobre todo en la vida espiritual. Cada miembro de la asociación debe buscar la perfección cristiana, modelando su vida sobre Cristo Crucificado. Para realizar tal unión con Dios y desarrollar mejor el propio deber al servicio del Reino, los miembros de

la Sociedad se obligan al celibato. Su vida de íntima unión con Cristo en la Iglesia se fortalece a través de la participación activa en los sacramentos, de la mortificación, de la renuncia de sí para cumplir la voluntad de Dios, de la dirección espiritual y la oración unida al trabajo cotidiano.

Espiritualidad

Don Jorge logró asimilar de las muchas formas de espiritualidad todo lo que, reelaborado de una forma suya personal, pudo revelarse apto para su Sociedad. San Vicente de Paúl, san Felipe Neri, san Alfonso María de Ligorio, san Francisco de Asís, san Ignacio de Loyola, santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz fueron por él bien conocidos, como testimonian sus escritos. Su personalidad original y creativa, en cambio, lograba asimilarlos en su espíritu y expresarse de una manera fresca, simple y original. Lo mismo hacía con la liturgia. Solía decir: «Mi pan lo hago con la harina que tomo del costal de los otros. A fin de cuentas todos tenemos que sacar de un único costal: el Evangelio». Y verdaderamente supo partir el pan de la Palabra en pequeños trozos, que cada uno podía masticar bien y asimilar para el bien del alma. Pensamiento central de su espiritualidad y su teología fue la encarnación: *Verbum Dei caro factum est* (El Verbo de Dios se hizo carne). Tomadas estas palabras como lema y emblema distintivo de la Sociedad y de su vida, don Jorge, a ejemplo del Maestro, se encarnó en la vida del pueblo maltés, y optando por los pequeños, los pobres, los enfermos, por el pueblo simple, que es a menudo víctima de los que ejercen el poder, trató de querer a Dios con toda el alma, con todo el corazón y con todas las fuerzas.

En el espíritu del Carmelo

Cercano a los carmelitas desde pequeño,

de joven quiso comprometerse más en la imitación de la Virgen María. En su profesión religiosa como terciario carmelita, eligió el nombre de Franco, como el beato carmelita Franco de Sena, quien antes de consagrarse totalmente a la Bienaventurada Virgen María en la Orden del Carmen, había vivido una vida lejana de Dios. Nuestro santo eligió el nombre de este beato porque se consideraba él mismo un gran pecador, como es característica de muchos santos. Se sintió un verdadero miembro de la Familia carmelita hasta el punto que muchas veces, en sus escritos, se presentaba como carmelita, utilizando el nombre de Franco en lugar del propio. En 1952 como reconocimiento a su incansable divulgación de la devoción a la Virgen del Carmen, fue afiliado a la Orden Carmelita por el Prior General. Los últimos años de su vida los vivió en Santa Venera, en la parroquia de los carmelitas, donde antes de pasar a la vida eterna fue confortado con los santos sacramentos por el padre prior de la comunidad.

La Orden del Carmen se empeña en el seguimiento radical de Jesucristo por los consejos evangélicos y los valores fundamentales de la contemplación, la fraternidad y el servicio al pueblo de Dios, siguiendo el ejemplo de la Virgen María y la inspiración del profeta Elías.

Vida mariana cristocéntrica

La devoción que don Jorge nutrió por la Virgen María derivaba de una teología cristocéntrica, que le llevó a reconocer la preeminencia de María en el plan de la salvación. Movido por esta profunda fe se empeñó fuertemente, con su palabra y con sus escritos, en alimentar en el pueblo una devoción auténtica hacia la Madre de Dios. Como un fiel carmelita expresó la cercanía amorosa de María al pueblo a través de la devoción del Escapulario, señal de consa-

gración a Ella e instrumento eficaz de evangelización. En uno de sus escritos (1947), dice: “hay que entender bien el sentido de las palabras de María Santísima: el Escapulario es una señal de hermandad con ella. ¡Qué honor es que la Madre de Dios te trate como a uno de sus hermanos! ¡Con qué fervor se tiene que vestir el Escapulario del Carmen!”. Siempre recordaba a quien vestía el Escapulario que no abusara de la materna protección y que viviera la consagración en la gracia. Para él el Escapulario del Carmen significaba un vestido espiritual, el de las virtudes de María. En su obra “Los santos nos hablan”, refiriéndose a la visión de san Simón Stock (el santo del Escapulario), imaginó que éste recomendaba: «*Vestíos de María, vosotros que amáis a María*».

Inspiración eliana del Carmelo

El espíritu del profeta Elías también fue incisivo en la vida personal y en la obra de don Jorge. Trató de imprimir en sus seguidores una vida de comunión con Dios y de servicio a la gente. La oración fue el punto central de su acción. Durante el día, a menudo se apartaba a orar. Estaba orgulloso de llevar el apellido “Preca”, una palabra derivada del latín “preces”, que significa “oración”: «*Para no olvidar que tengo que ser un hombre de oración*», decía. A tal fin compuso un manual de oraciones cotidianas para los miembros de la Sociedad y lo puso bajo el patrocinio del profeta Elías, el hombre lleno de celo y caridad hacia Dios y su pueblo. De manera semejante al del Profeta, el corazón de don Jorge ardía por “el Dios de los ejércitos” (1Re 19,10). Recorrió toda Malta para predicar el amor y la justicia de Dios, llamando a la gente a la conversión al conocimiento de Dios. Su Institución y el mismo sentido del nombre “MUSEUM”, resuena y recuerda las palabras

del Profeta Elías: «... *que este pueblo sepa que tú eres el Señor Dios...*» (1Re 18,37).

Conclusión

La Asociación pasó por serias pruebas. En 1909 el vicario del obispo le dijo: «*Tienes que acabar con todos esos institutos*», disposición que fue protestada por otros párrocos, pero ante la cual don Jorge respondió humildemente: «*Ustedes son los superiores y yo el súbdito, tengo que obedecerles, terminaré con todo*». Años más tarde el obispo revocó la orden, pero la obra ya había sido difamada por distintas vías. En tal situación dolorosa, los miembros de la Sociedad, a instancias del fundador, asumieron las circunstancias con espíritu evangélico.

Pero si las dificultades no fueron pocas, es de maravilla ver cómo supo adelantarse a los tiempos y a la puesta al día del Concilio Vaticano II: la importancia dada a la Biblia, el empleo del maltés para hacer llegar más directamente al pueblo la Palabra de Dios, el “status” asignado a los laicos en la evangelización y en la Iglesia, el método popular en la enseñanza catequística, etc. Era natural que la gente acudiera masivamente a escucharle, confiara en él, se agolpara en sus catequesis y los padres confiaran de buena gana sus niños a sus catequistas.

Don Jorge murió el 26 de julio de 1962, a la edad de 82 años, pero su presencia y el atractivo de su espíritu aún son oídos por casi todas las familias maltesas. Es un santo de nuestro tiempo, no tanto por los hechos extraordinarios que se recuerdan de su vida, sino por su monumento vivo, que es la Sociedad hoy operante también en Australia, Sudán, Kenia, Gran Bretaña, Albania, Perú...

Digno hijo del Carmelo, porque vivió una vida de intimidad y unión con Dios y de servicio total al pueblo siguiendo el ejemplo de la Virgen María y del Profeta Elías.

La fraternidad de Cristo de Selbitz

Joan Patricia Back

Después de varios siglos, durante los cuales la vida consagrada había desaparecido en las Iglesias luteranas, a continuación de la II Guerra Mundial se asiste a un florecimiento de nuevas comunidades que redescubren el seguimiento de Cristo según las antiguas reglas monásticas. Un ejemplo de ello es la Fraternidad de Cristo (Christusbruderschaft Selbitz), a cuyos fundadores está dedicado este artículo.

LA vida consagrada desaparece de las Iglesias luteranas en el siglo XVI. Todavía en 1941, en una enciclopedia de la Iglesia luterana de Alemania, bajo la voz “monasterio” se dice: «El protestantismo rechaza totalmente la vida monástica»¹.

Pero hoy se habla de una Nueva orientación de la Iglesia evangélica respecto al seguimiento de Cristo según las antiguas reglas monásticas, con la vida consagrada a Dios en los tres votos. Muchas Comunidades nacen inmediatamente después de la II Guerra Mundial². Un ejemplo es la Fraternidad de Cristo (Christusbruderschaft Selbitz)³. Este artículo está dedicado a los fundadores de esta Fraternidad. Para comprender lo proféticos que fueron, es oportuno revisar brevemente cómo ha sucedido este cambio de paradigma.

Después de más de 450 años de ausencia, las Comunidades evangélicas reciben un reconocimiento de su propia Iglesia. En 2007 la Iglesia luterana de Alemania se pro-

nunció: «Después de la Reforma, con las críticas de Lutero a los monasterios y a los órdenes de su tiempo, las Iglesias de la Reforma miraban con titubeos esta opción de vida. La vida monástica, las formas de vida comunitaria, la opción por el celibato, parecían de por sí algo “no evangélico”, no conforme al protestantismo. Esto, gracias a Dios, ha cambiado totalmente. [...] Son un tesoro en la Iglesia evangélica y se han de custodiar y desarrollar». Esto fue lo que escribió el obispo Wolfgang Huber, presidente del Consejo de las Iglesias Evangélicas de Alemania⁴.

Ya a partir de 1976 las autoridades de la Iglesia evangélica habían comenzado a emitir documentos oficiales, declarando la legitimidad teológica y práctica de formas monásticas de vida común dentro de la Iglesia luterana.

¿Cómo se produjo ese cambio en el seno de las Iglesias evangélicas? «Para las Iglesias evangélicas regionales fue una sorpresa la fundación de muchas Comunidades en el siglo XX. Solo en 1979 el Consejo de las Iglesias Evangélicas

cas de Alemania, presentando un documento titulado *Espiritualidad evangélica*, dice que se ha efectuado un profundo cambio de paradigma: se ha roto el rechazo de la vida monástica en el ámbito de la Iglesia evangélica, que procedía de los tiempos de la Reforma⁵. Ahora se reconocen como lugares de gracia⁶.

La novedad

En 1948-1949, cuando nació en Baviera la *Christusbruderschaft Selbitz*, la situación era muy distinta, como se aprecia en la carta con la que el pastor Walter Hümmer se dirige a su obispo luterano de Munich: «Hemos estado dudosos de comunicarle o no todo esto, porque no quisiéramos exhibirnos como si fuéramos algo especial, y también porque todavía está naciendo y creciendo todo. Pero por amor y por la verdad, no podemos callarle lo que está sucediendo. Para nosotros es importante recibir su bendición paterna, su sí, porque quisiéramos seguir viviendo en unidad con nuestra Iglesia evangélica luterana a la que amamos, hacia la cual se dirige nuestro servicio, de la cual somos hijos y en la que deseamos permanecer siempre⁷».

Los fundadores

El pastor Walter Hümmer (1909-1972) y su mujer, Hanna (1910-1977), casados en 1935, fundaron la *Christusbruderschaft Selbitz*. Durante su noviazgo, conocieron al Grupo de Oxford⁸, que les proponía un nuevo estilo de vida, haciendo especial hincapié en la presencia del Espíritu Santo en el obrar cotidiano.

El 1 de junio de 1937, el pastor Hümmer se traslada con su mujer a su primera parroquia de Schwarzenbach. Los habitantes son preferentemente obreros, y pocos tienen relación con la Iglesia. La pareja Hümmer empieza a rezar intensamente por la renovación espiritual entre sus parroquianos, pero los frutos se hacen esperar.

En 1940, Walter Hümmer vuelve de un retiro en el que le habían preguntado cuántas personas había llevado a Jesús. No supo responder. Vuelve a casa humillado y,

mientras caminaba, un joven se le acerca: «Señor pastor, ¿puedo acompañarle?». Es el primer joven que desea saber más sobre Jesús. Unas semanas después le siguen otros. Es el comienzo de un despertar espiritual en el pueblo.

Los comienzos

En 1942, el pastor Hümmer es llamado a filas. Hanna asume la responsabilidad de criar a su hijo, recién nacido, y de llevar adelante la vida espiritual que está naciendo. Cuenta el pastor: «Durante los últimos años de la guerra, mientras estaba yo en el frente, alrededor de mi mujer se había formado un grupo de jóvenes, sobre todo chicas y señoras, pero también chicos. Ella se había convertido para ellos en una especie de madre espiritual. Algunos habían recibido una clara llamada a vivir por el Reino de Dios, que durante varios años la llevaron silenciosamente en su corazón. No se inclinan a entrar en una de las casas de diaconisas ya existentes. Están a la espera. Se reúnen regularmente para la oración y el diálogo. Sienten que han crecido juntos como hermanos y hermanas, y la primera llamada de Dios a formar una Fraternidad la experimentan la noche del 31 de diciembre de 1947, mientras esperaban el año nuevo meditando Efesios 4, 1-17⁹».

Carisma

A Hanna Hümmer se le reconoce enseña un don carismático-profético para acompañar la formación y la vocación de la Comunidad. «*Quien solo vive para sí mismo peca contra el Cuerpo Místico de Cristo*», fue una de sus afirmaciones que pusieron en movimiento un intenso proceso de oración y de escucha de la Palabra de Dios. El Viernes Santo de 1948 es un día determinante. Recuerda Hanna: «*Durante el día, el Espíritu de Dios nos llevó a rebajarnos unos delante de otros y revisar nuestra vida pasada a la luz de Dios y bajo la cruz de Cristo. Él, que estaba coronado con una corona de espinas, iluminaba nuestra jornada y, con la tercera palabra que pronunció en la cruz, bautizaba en su sangre la uni-*

Unidad y Carismas

dad entre nosotros. Desde entonces, las espinas, la cruz y el corazón entregado a Dios se convirtieron en los símbolos de nuestra Fraternidad. “Sabed que sois uno” es el sello santo de Dios sobre nosotros, y desde aquella hora nos llamamos “hermano” y “hermana”. Ese día, Hanna comprendió que había nacido una orden»¹⁰.

Walter Hümmer no estaba presente ese día, y al principio era escéptico, pensando en su posición en la Iglesia evangélica. Tras un período de dudas y de lucha interior, llega a convencerse: «*Es obra del Señor. Él seguirá guiándola y nos protegerá. Que Él nos haga perfectos en su amor*»¹¹. Durante un retiro posterior, el grupito reconoce como “faros de luz” lo que en aquel Viernes Santo se había visto como dones del Espíritu Santo: pobreza, castidad y obediencia. El 1 de enero de 1949, siete hermanas y cuatro hermanos comienzan oficialmente la *Christusbruderschaft*.

Escribe Walter a uno de los jóvenes hermanos: «*La novedad es que somos una “orden evangélica”. Esto me hace feliz. Esto aclara nuestra situación. Esto nos llevará a tener que sufrir ofensas denigrantes. Pero así es como vivimos nuestra obediencia a Dios. Tendremos que subrayar la palabra “evangélico”. Y también nuestro carácter de servicio. Además, la absoluta sumisión a la Iglesia. Y todo, no como si estuviéramos bajo una ley, sino todo en sacrificio de alabanza y de amor hacia Él solo*»¹².

Desde entonces, las espinas, la cruz y el corazón entregado a Dios se convirtieron en los símbolos de nuestra Fraternidad. “Sabed que sois uno” es el sello santo de Dios sobre nosotros, y desde aquella hora nos llamamos “hermano” y “hermana”. Ese día, Hanna comprendió que había nacido una orden»

Cuando en el pueblo se percataron de que los jóvenes dejaban materialmente las casas de sus padres, llegaron fuertes críticas y protestas. A pesar del asentimiento de los

responsables eclesiásticos, se ve más oportuno trasladar al pastor Hümmer a Selbitz. Allí la casa parroquial es demasiado pequeña, y pronto se ve la necesidad de construir una “casa madre”.

Dios les había confiado a los dos un carisma para el nacimiento de la *Bruderschaft*, y Walter escribe: «*A través de mi mujer, se desarrolló el aspecto interno, espiritual de la Bruderschaft, el comienzo, el despertar. Pero Dios ha hecho que yo fuera quien representara en público nuestra vida espiritual y su responsable ante la autoridad eclesiástica. [...] Mi vocación especial dentro de la Bruderschaft es la de ser su protector, como la figura de José*»¹³.

Vida espiritual

La comunidad vive según los consejos evangélicos: pobreza, castidad y obediencia. La oración comunitaria consta de tres momentos (en los conventos de la ciudad se sigue otro ritmo). Por la mañana, tienen media hora semejante a los laudes, a mediodía un tiempo más breve para una oración cantada; por la tarde, la oración semejante a las vísperas, mientras en algunos conventos se reúnen también para recitar las completas. Son fundamentales los Salmos cantados en gregoriano, la lectura de la Escritura, otros cantos, himnos de la Iglesia Oriental, cantos y oración de la comunidad y la oración personal cotidiana. Tres veces a la semana celebran la Santa Cena (= Eucaristía). Otros momentos de la vida espiritual de la comunidad: «*Vivimos el don de la confesión como fuente de renovación. Si es posible, una vez al mes tenemos el llamado coloquio: una especie de revisión de vida, en el que hablamos juntos, comunicamos nuestro estado de ánimo y nos pedimos perdón recíprocamente*»¹⁴.

Fin y vocación

Sobre todo Walter subraya la importancia de ser una comunidad de servicio. Una comunidad en la cual se vive la liturgia cotidiana: en la casa, en el jardín, en la cocina,

en la secretaría. *«Todo nuestro ser y nuestro obrar es para alabanza de Dios. Todo puede convertirse en liturgia de amor: limpiar, cocinar, sembrar y recoger, curar y coser, trabajar y descansar; y toda forma de creatividad con colores, las palabras y la música. En cada uno de nosotros el Espíritu Santo desarrolla una oración según la originalidad de cada cual»*¹⁵.

Además del trabajo para la acogida y el servicio a ancianos y enfermos, hay otro campo de servicio: el compromiso en la evangelización. En sus casas se tienen retiros y fines de semana de lecturas bíblicas; también los llaman a otras ciudades para dar ejercicios espirituales y para acompañar a personas en su camino espiritual. Todo lo sostiene y le da valor la vida de oración, de la que ya hemos hablado.

«Todo nuestro ser y nuestro obrar es para alabanza de Dios. Todo puede convertirse en liturgia de amor: limpiar, cocinar, sembrar y recoger, curar y coser, trabajar y descansar; y toda forma de creatividad con colores, las palabras y la música. En cada uno de nosotros el Espíritu Santo desarrolla una oración según la originalidad de cada cual»

La vocación de la *Christusbruderschaft* queda bien resumida en las palabras de Walter: *«La Fraternidad de Cristo quiere ser como el corazón en medio de las parroquias de Franconia. Un espíritu fresco y vivo –sencillo, natural, espiritual y feliz– reina en la casa madre, que también es un lugar de silencio, de adoración y de ayuda espiritual»*¹⁶.

La Regla resalta también otros aspectos de la vocación: el seguimiento de la cruz de Cristo y la participación en su Resurrección, la vida comunitaria basada en la unidad en Dios Uno y Trino, el trabajo como participación en la obra creadora de Dios¹⁷. Acerca de los tres votos se expresa en estos términos: pobreza: *«Cristo te invita a vivir*

*como él, pobre. Significa la plenitud de su vida»*¹⁸; castidad: *«Aliméntate diariamente en la fuente del Corazón de Jesús, de modo que su amor sea el fuego interior de tu amor»*¹⁹; obediencia: *«Dios quiere implicarte en su voluntad salvífica. Podrás participar desde tu puesto, desde tu tiempo en el gran acontecimiento del Reino de Dios. Jesucristo quiere venir y actuar a través de ti. Este es el secreto de la obediencia»*²⁰.

Leiturgia – Martyria – Diakonia

Estas tres palabras aparecen con frecuencia en los textos de la *Christusbruderschaft*. Se utilizan para expresar la esencia íntima del servicio. En un discurso, Hanna explica: *«Nuestro servicio se ha de vivir y realizar a partir de un encuentro profundo con Dios. [...] Jesús venía del monte cuando caminó sobre las aguas. Primero oraba y luego se dedicaba al servicio y a los acontecimientos. ¡Tener el corazón en el cielo, las manos junto al hermano, los pies en el polvo! Dar la vida por los hermanos no es un acto a medias, sino un servicio total, radicado en la relación con Dios. Hemos de traer el cielo a la tierra, y la pobre tierra llevarla al cielo. Lutero se atrevió a decir: “Tenemos que ser un Cristo para el otro”. Esto marca el sentido de nuestro servicio. Para que todo pueda crecer hacia el cielo, la tierra ha de convertirse en cielo»*²¹.

También la Regla de la *Christusbruderschaft* retoma, bajo la voz “Misión de la Comunidad”, esas tres palabras explicando, con la ayuda de algunas citas de los fundadores, su significado y cómo se han de vivir. En resumen, se invita a vivir la Liturgia del amor (Leiturgia) para convertirse en terreno para la semilla de la Palabra de Dios (Martyria) y ser signo del amor de Dios en el mundo (Diakonia)²².

La Christusbruderschaft hoy

Hoy al frente de la *Christusbruderschaft* está una priora (actualmente sor Anna Maria aus der Wiesche) y un prior, ambos elegidos, ayudados por un consejo y auxiliados por un pastor. Forman parte de la *Christusbruderschaft* 120 hermanas, 4 hermanos y

un centenar de terciarios, casados o no, además de un vasto grupo de amigos y simpatizantes.

Aun en condiciones sujetas a cambios, siguen viviendo la vocación originaria: ser “un lugar de la presencia del amor de Dios en este mundo”, según las palabras de la fundadora: «*Sed la casa de Dios junto a los hombres. [...] Este es el signo que necesita el mundo: Yo en vosotros*»²³.

Tras su visita a Selbitz, el entonces obispo evangélico luterano de Munich confirmó su carisma: «*No en vano se califica a las Comunidades como “lugares de esperanza”*»²⁴.

¹ *Calwer Kirchenlexikon, Band II*, 269 (artículo *Mönchtum*).

² Sobre el renacimiento y la situación actual, cfr. J. P. Back, *La vita consacrata nell'esperienza attuale delle Chiese protestanti e anglicane*, en *Claretianum*, ITVC III (LII), Romae, Institutum Theologiae Vitae Consacratae 2012, pp. 189-240.

³ Cf. www.christusbruderschaft.de.

⁴ *Verbindlich leben – Komunitäten und geistliche Gemeinschaften in der vangelischen Kirche in Deutschland. Ein Votum des Rates der EKD zur Stärkung evangelischer Spiritualität*, Hannover 2007, p. 5.

⁵ Cf. *Verbindlich leben*, cit.

⁶ *Ibid.*, p. 6.

⁷ Walter Hümmer, *Denn er hatte seinem Gott vertraut*, Selbitz 1999, p. 34.

⁸ Fundado en 1921 por el norteamericano Frank Buchmann, que en 1938 dio lugar al movimiento *Rearme moral*, hoy *Iniciativas y cambios*.

⁹ Citado en Christoph Joest, *Spiritualität evangelischer Kommunitäten*, Vandenhoeck & Ruprecht in Göttingen 1995, p. 314.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 314-315.

¹¹ De un discurso de sor Anna Maria aus der Wiesche, 27 giugno 2009.

¹² Citado en Joest, op. cit., p. 316.

¹³ *Ibid.*, pp. 323-324.

¹⁴ De una entrevista mía a sor Adelheid Wenzelmann.

¹⁵ Citado en C. Joest, op. cit., p. 321.

¹⁶ *Ibid.*, p. 325.

¹⁷ Cf. *Communität Christusbruderschaft Selbitz*, Reg., Selbitz 1999, pp. 19, 5, 10-11.

¹⁸ *Ibid.*, p. 15.

¹⁹ *Ibid.*, p. 17.

²⁰ *Ibid.*, p. 18.

²¹ Citado en C. Joest, op. cit., p. 326.

²² Cf. *Communität*, op. cit., pp. 26-30.

²³ *Ibid.*, p. 11.

²⁴ Johannes Friedrich al *PresseClub*, Munich, 7 de enero de 2010.

La página ecuménica del Movimiento de los Focolares se abre en 1961, en el tiempo en que el Papa Juan XXIII ponía la unidad de los cristianos entre las primeras finalidades del Concilio por él anunciado en 1959. Es por entonces cuando Chiara comunica la experiencia del Evangelio vivido en el Movimiento en un encuentro con un grupo evangélico-luterano, en Darmstadt, en Alemania. Esto marcará el inicio de la difusión de la espiritualidad de la unidad en las diversas Iglesias.

Pocos años después se inician relaciones personales:

- En el **mundo ortodoxo**, con el Patriarca Ecuménico de Constantinopla, Atenágoras I, y después con sus sucesores;
- En la **Comunión anglicana**, primero con el arzobispo anglicano de Canterbury, Ramsey, hasta el actual, Rowan Williams;
- En el **mundo evangélico**, con el entonces presidente de la Federación luterana mundial, el obispo Christian Krause, y con los Secretarios Generales que se sucedieron en el Consejo Ecuménico de las Iglesias, de Ginebra.

Todos respaldan la difusión de la espiritualidad de la unidad en las diversas Iglesias.

El fundador en las distintas etapas de mi vida

Fabio Ciardi, o.m.i.

La relación con el propio fundador cambia con el paso de los años. Es como el proseguirse de las estaciones, cada una de las cuales tiene sus propias características y su propia belleza.

¿QUÉ me movió a seguirle en la familia de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada? No es algo fácil de responder. Durante mi adolescencia se fue madurando en mí, lentamente, el deseo de abrazar la vida religiosa, que como yo la entendía, no era otra cosa que una opción por una forma de vida entregada totalmente a Dios. No sé ni cómo y de dónde nació en mí ese deseo. Al mismo tiempo sentía en mí una llamada a la misión, provocada no tanto por lo que oía contar a los misioneros, cuanto más bien por una exigencia cada vez más profunda de entregarme a los demás. Y, finalmente, me atraía María... Entonces no sabía que estas tres realidades estuvieran contenidas en el nombre mismo de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada. Un libro sobre ellos, que me regaló una tía mía, fue lo que me hizo ver concretamente el camino para responder a lo que Dios me hacía sentir en el corazón.

Fui a verlos y desde el primer momento me impresionó el espíritu de familia que

reinaba allí y su sencillez de vida. Desde entonces los oblatos se convirtieron para mí en mi familia. Les conocí a ellos antes que al fundador.

El fundador delante de nosotros

Fue sólo más tarde, durante el año de noviciado, cuando descubrí al fundador, Eugenio de Mazenod, que entonces no había sido todavía proclamado beato. Leer su vida y sus textos fue para mí una auténtica revelación. Como escribí más tarde al Superior General, con él sentía una especial sintonía, me sentía reflejado en él. Con sorpresa por mi parte, el Superior General publicó aquella carta mía en un documento suyo dirigido a toda la Congregación, como testimonio de cómo los jóvenes “sentían” al fundador. A medida que leía los textos de Eugenio de Mazenod transcribía y traducía del francés aquellos pensamientos que más me llamaban la atención. Cuando aquella pequeña antología llegó a manos del Superior Provincial, inmediata-

mente decidió que se publicara. Así fue como, siendo todavía novicio, llevé a cabo mi primer escrito sobre el fundador.

En aquellos mismos años empecé también a frecuentar el Movimiento de los religiosos y tuvieron lugar mis primeros encuentros con Chiara Lubich, que nos invitaba constantemente a mirar a nuestros fundadores. Fue precisamente el día de mi cumpleaños de 1974 cuando ella, dirigiéndose a nosotros, religiosos jóvenes, nos invitó a *«estudiar bien a vuestro fundador en sus comienzos, durante los primeros años de su vida. No para imitarlo pedestremente –porque a los santos no se los imita pedestremente– sino para hacer la voluntad de Dios como él la hizo»*. ¡El fundador cuando era joven! Era el periodo de su experiencia que más me atraía. Escribí mi primera biografía de él con ocasión de su beatificación, y en la portada quise que se pusiera un retrato suyo de cuando tenía unos treinta años, en la que se le veía joven, voluntarioso, con un fuego dentro que se percibía en su mirada; eran los años en los cuales se había lanzado a anunciar con fuerza el evangelio en la ciudad y por los pueblos, conquistando decenas de jóvenes, reuniendo gente sencilla deseosa de poder escuchar finalmente la Palabra de Dios en un lenguaje accesible para ellos, arrastrando tras de sí compañeros con los que compartir vida e ideales... No me gustaba, sin embargo, el retrato que lo presentaba ya anciano, con pelo largo blanco, y el rostro con signos de cansancio y agotamiento a causa del trabajo realizado a lo largo de su vida.

Para mí, como para cualquier otro joven religioso, el periodo de mi primera formación se corresponde con el momento de mi acercamiento al fundador. Son los años en los que se aprende a conocerlo y a amarlo, se estudian sus escritos y las etapas de su vida para comprender cada vez más profundamente sus enseñanzas e ideales, y po-

der así asimilarlos. Se le ve delante, como un maestro que enseña y como un modelo que indica el camino para seguir a Jesús, cómo vivir el Evangelio, cómo servir a la Iglesia.

Apenas terminada la primera formación, me llamaron a participar en un gran congreso, organizado por el gobierno central de los oblatos, sobre el carisma del fundador. Era el más joven de todos. Durante tres semanas estudiamos a fondo la historia pasada y reciente de la Congregación, tratando de identificar los aspectos fundamentales de la misma. Me di cuenta de que ya había asimilado muchos elementos del carisma, y otros me parecían especialmente interesantes. Más tarde me llamaron para dar mi aportación a la reelaboración de las Reglas, haciendo un trabajo histórico. En ese momento me pareció que mi fundador ya no estaba delante de mí, sino que empezaba a hacerse vivo en mí, hasta el punto de comenzar a ofrecer una aportación a mi familia religiosa. Sólo entonces podía decir que mi primera formación se había completado.

Esto me dio la oportunidad de estudiar de cerca otros fundadores y otros carismas. Me parecían todos tan bonitos que me hubiera gustado pertenecer a todos y cada uno de ellos: el franciscano, el jesuita, el paúl, el pasionista... Me interesaban los otros fundadores tanto como el mío, y las otras congregaciones tanto como la mía.

En aquellos años nacieron los “Cuadernos de Vermicino”, una serie de estudios sobre el fundador, realizados en el estudiantado de teología de Vermicino (Frasca-

ti), del que por entonces había sido nombrado formador. Era una manifestación del naciente interés de toda la comunidad por el fundador. Una comunidad que, puesta ante su fundador, fue escribiendo lo que tendrían que ser las líneas fundamentales de nuestro programa. Allí escribí brevemente la génesis de lo que fue nuestro ir al encuentro del fundador, una experiencia que había compartido y seguía compartiendo con mis compañeros de estudio: *«En 1969, durante el noviciado en Marino, comenzamos a acercarnos a las fuentes que nos iban a permitir adentrarnos en el alma de nuestro fundador. Empezamos a hacer visitas frecuentes al Archivo de la Postulación, al Archivo General, a hablar entre nosotros de las impresiones y sentimientos que suscitaba en nosotros el acercarnos a esta persona tan viva y extraordinaria. No conocíamos aún de forma explícita lo que supone el sentido teológico del carisma de un fundador. Y, sin embargo, sentíamos que, en cuanto oblatos, teníamos que recorrer el camino que había hecho el primer oblato, volver a hacer su misma experiencia de Dios, a sentir en nosotros su misma pasión por Cristo, por la Iglesia abandonada, la misma ansia apostólica, la misma urgencia de anunciar el evangelio a los pobres, a los más abandonados, con aquella creatividad y aquella capacidad de improvisar que él tenía. En resumen, comprendimos que, para ser capaces de adherirse a la realidad de hoy y estar abiertos a lo nuevo que habría de venir, era necesario mirarle a él, preguntarle a él, actuar de tal manera que él pudiese, de nuevo, contarnos y transmitirnos su experiencia».*

El fundador detrás de nosotros

Entre tanto, mi participación en la vida de la Obra de María, y en particular en el Movimiento de los religiosos, que es una de sus ramas, iba intensificándose, y con ello la comunión con religiosos de diferentes carismas. Desde mi primer encuentro, al final

del noviciado, me atrajo la belleza de la unidad que reinaba entre ellos, de la tensión sincera a vivir la radicalidad evangélica y la santidad, algo que les unía entre sí a todos ellos. Comencé también a comprender mejor la belleza de las otras vocaciones, lo cual supuso para mí experimentar un gran gozo.

Como en el caso de los religiosos que encontré al comienzo de mi formación, también entonces me sentí arrastrado por la fuerza de esta unidad y empecé a reunirme regularmente con miembros de diferentes congregaciones, de todas las partes del mundo. Chiara Lubich había explicado cuál debía ser el sentido de una tal comunión: *«El carisma de la unidad –nos dijo en 1974– pone en movimiento a los hijos de los fundadores, y hace que se conozcan y se unan entre sí. Y, como la caridad es fuente de luz, cada uno es iluminado en su propia vocación, la cual siente dentro de sí, porque, si ese religioso es hijo de un santo, posee naturalmente una gracia de filiación dentro de sí (...). La caridad reaviva en ellos la sangre del fundador, la hace circular y ese religioso se hace cada vez más benedictino, cada vez más franciscano, etc.».* *«Nosotros –había escrito años antes– sólo tenemos que hacer circular el Amor entre las diferentes Órdenes. Se tienen que comprender, entender, amar como se aman [entre ellas] las Personas de la Santísima Trinidad. Entre ellas tiene que existir el Espíritu Santo que las una, porque cada una de ellas es expresión de Dios, del Espíritu Santo».*

Esta experiencia de comunión me acompañó en la elaboración de mi tesis de doctorado, cuyo tema era “el carisma del fundador”; no directamente el mío, sino la figura del fundador en cuanto tal. Esto me dio la oportunidad de estudiar de cerca otros fundadores y otros carismas. Me parecían todos tan bonitos que me hubiera gustado pertenecer a todos y cada uno de ellos: el franciscano, el jesuita, el paúl, el pasionista... Me interesaban los otros fundadores

tanto como el mío, y las otras congregaciones tanto como la mía.

Por entonces comencé a enseñar teología espiritual y teología de la vida consagrada en el Instituto Claretianum, en la Universidad Lateranense, en la Universidad Salesiana... Daba cursos y conferencias en noviciados, en congresos de religiosos y religiosas, y sobre los temas más diversos en diferentes ámbitos eclesiales... Sentía que esto me abría a la Iglesia y a las diferentes familias religiosas, llevado como de un impulso a trabajar cada día más por alcanzar el *Ut omnes* pedido por Jesús al Padre: *Ut omnes*... que “todos” sean uno. Y esto hasta el punto de que, en un determinado momento, tuve la impresión de que me iba alejando cada vez más de mi fundador, de que iba perdiendo incluso mi propia familia religiosa.

En ese tiempo escribí lo siguiente: *«Pero ¿es posible que mi fundador se me haya eclipsado tan de golpe, sin previo aviso y sin un verdadero motivo? ¿Por qué ha desaparecido de mi horizonte? Le he amado, lo amo aún, pero ya no lo veo ante mí, ya no lo siento. Estoy como un huérfano, no tengo ya padre. Cuando lo encontré me sentí fascinado. Su vida y sus escritos fueron para mí una auténtica revelación. Sentía una gran sintonía con todos sus ideales... Visité los lugares en los que vivió, buscando sus huellas: Aix-en-Provence, Saint-Laurent-du Verdon, Marsella... Quería conocerlo en su propio ambiente. La elegancia de su ciudad natal, el fuego de la Provenza, los colores de Cézanne, el viento mistral repentino y violento me hablaron de él. He sentido muy cerca a este santo sin milagros, sin fenómenos místicos llamativos, apasionado, impulsivo, soñador, de grandes ideales... Y ahora ¿dónde está?, ¿dónde se ha escondido?».*

«¿Y mi familia? ¿No son, los oblatos, la familia más unida que existe en el mundo? ¿Dónde están mis hermanos? También a ellos los siento lejos. He querido locamente a mi familia. ¿Por qué ahora me siento sin familia?».

Finalmente comprendí: *«Te tenía delante de mí, y cuanto más me acercaba a ti más familiar me resultabas. Pero no eres tú la meta. Tú no tenías delante de ti un fundador al que seguir. ¡Tenías a Jesús! Y quieres que así sea también en mi caso. Ya no te veo porque ya no te tengo delante de mí, sino quizá dentro de mí. No te veo, porque quieres que mire a aquel que tú mirabas, porque quieres que siga a aquel al que tú seguiste: ¡es a Él quien tengo ante mí!».*

Todo fundador lleva a Cristo. El fundador no llama para sí, sino que orienta a Cristo. Indica el camino del seguimiento de Cristo. La “vuelta al fundador” implica así algo más radical: llegar a donde él llegó: directamente a Cristo y al evangelio. Tiene que quedar viva la convicción de que, como leemos en la Exhortación apostólica *Vita Consecrata*, «la garantía de toda renovación que pretenda ser fiel a la inspiración originaria está en la búsqueda de la conformación cada vez más plena con el Señor» (nº 37).

Si el camino de formación comienza con mirar al fundador y seguirlo, tiene que llegar un momento en que él pase detrás y empuje hacia delante, para recrear hoy lo que él hizo en el pasado. Estamos llamados a volver a recorrer su misma experiencia creativa, a dejar que el Espíritu realice en nosotros lo mismo que realizó en él: dejarse guiar en el misterio de Dios, en la configuración con Cristo, en el evangelio vivido con radicalidad, en la lectura de los signos de los tiempos, en las respuestas a las urgencias de la Iglesia y de la sociedad. Viviendo así no ya para sí mismos, sino para la Iglesia. Sólo así un religioso o una religiosa puede realizar verdaderamente la obra de Dios, como la realizó el fundador; y se está en la avanzadilla del carisma, en primera línea.

Un nuevo encuentro con el fundador

Los últimos veinte años de mi vida los he

vivido en esa particularísima comunidad que es el Centro internacional del Movimiento de los religiosos, formada por un pequeño grupo de hombres provenientes de órdenes y congregaciones diferentes, y de distintas nacionalidades, que están al servicio de centenares de religiosos que, en todo el mundo, han acogido la espiritualidad de la unidad de la Obra de María, y han querido que ella les inspirase en el vivir y encarnar el propio carisma. Un servicio que, con el permiso de mis superiores, me ha llevado a viajar por los más diversos países del mundo y a encontrarme con religiosos de muy diferentes carismas. Así mi familia se hizo cada vez más grande hasta ser capaz de abrazar a las otras familias religiosas.

Podría pensarse que la lejanía física de la comunidad oblata y la convivencia diaria con religiosos de otros institutos me harían perder mi “identidad” carismática. De hecho, aunque seguía trabajando para mi congregación, dedicaba la mayor parte de mi tiempo al Movimiento de los Focolares y a las otras familias religiosas.

Personalmente estaba convencido de que cuanto más entrase en la dinámica de la comunión, olvidándome de mí (incluso de aquello que sentía más propio, como era el carisma de mi fundador) para vivir el otro y amarlo en su realidad más profunda (su carisma y su fundador), tanto más habría colaborado en la realización de la “comunión de los santos” y, en ella, habría encontrado mi auténtica realidad. Creía en aquello que había escrito Chiara Lubich: *«Cuando Jesús dijo: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”, había querido incluir ciertamente: “Donde un franciscano y un benedictino, o un carmelita y un pasionista, o un jesuita y un dominico... están unidos en mi nombre, allí estoy yo...”*. Y si verdaderamente está Jesús entre ellos, el resultado tendría que ser que el encuentro con él haría al franciscano mejor franciscano, y al dominico mejor dominico».

Hace dos años fui llamado por mi Superior General al centro de la Congregación para poner en marcha un nuevo organismo que tendría la tarea de promover el estudio y la investigación sobre la vida y la misión de los oblatos. Me encomendaron el tesoro más valioso de la Congregación, la conservación de la herencia carismática, con el encargo de introducir sobre todo a las nuevas generaciones en el conocimiento del fundador, en la historia del Instituto, y en la reflexión sobre lo que hoy se está viviendo y las respuestas que han de darse a los nuevos desafíos.

Y aquí estoy de nuevo, como cuando era novicio, volviendo a leer las fuentes, redescubriendo, haciendo descubrir y difundiendo el patrimonio de vida guardado en los archivos, que no son tumbas, sino fuentes de inspiración. He fundado una revista de estudio, “Oblatio”, en las tres lenguas principales del Instituto: francés, inglés y español. He comenzado a tomar contacto con las universidades y los institutos superiores de cultura de la Congregación. Estoy dando retiros sobre el carisma en todos los continentes... Y sobre todo estoy encontrando una relación nueva con san Eugenio de Mazenod.

En esta nueva fase de mi vida está naciendo en mí una relación con él algo diferente, quizá algo más afectiva; en parte debido a la nueva misión que se me ha confiado, y también a los años que voy ya teniendo. Ahora me gusta la foto que lo presenta viejo, ya con setenta y ocho años, marcado por las pruebas, que deja ver una cierta inquietud y un cansancio sufrido. Me parece que lo comprendo mejor. Sigue siendo un maestro al que escuchar, un santo al que imitar, un padre a quien amar, pero sobre todo se está convirtiendo en un intercesor al que rezar, quizá en un hermano, un amigo con el que compartir preocupaciones, proyectos, sueños...

Siempre he intentado beber del Dios... que encontraba en Chiara

Bernadette Verhegge

Diálogo con María Voce (Emmaus) acerca de su experiencia como sucesora actual de Chiara Lubich para el Movimiento de los Focolares, a través de su libro-entrevista La hora de la confianza, Ciudad Nueva, Madrid 2013.

LA gran pregunta que surge cuando muere el fundador o la fundadora de una Obra de Dios en la Iglesia es siempre ésta: “¿Cómo ir adelante, cómo llevar adelante el carisma del fundador, cómo va a ser la relación entre el fundador y quien le sucede?”.

Siendo aún reciente la desaparición de Chiara Lubich, fundadora del Movimiento de los Focolares, la experiencia de “después de la fundadora” es muy viva. De esto nos habla la nueva presidenta, María Voce (Emmaus) en el libro-entrevista en diálogo con Paolo Lòriga y Michele Zanzucchi.

En este artículo queremos presentar su experiencia, recogiendo de sus respuestas el itinerario de su relación con la fundadora, que, si por una parte es único, por otra puede ayudarnos a comprender cómo cada uno puede relacionarse con el fundador o con la fundadora de su orden, movimiento o comunidad.

Ya desde su primer contacto con el Mo-

vimiento de los Focolares, María Voce tuvo muy clara su relación con Chiara Lubich como fundadora. Dejamos la palabra a ella:

«Mi encuentro con el Movimiento fue simple, y lo mismo ha sido el camino sucesivo. Nunca he corrido el peligro de caer en el culto a la personalidad de Chiara, pues al principio no conocía a Chiara, sino a personas que habían adoptado el carisma que Dios les había encomendado y lo vivían. Cuando luego conocí la historia de Chiara, ya la había visto hecha vida en un grupo de personas normales» .

Esta primera experiencia pone de relieve que no fue la personalidad de la fundadora lo que le atrajo, sino el Carisma, del que ella era la portadora.

Siendo estudiante universitaria, conoció en Asís una comunidad fundada por don Giovanni Rossi . Afirma entre otras cosas: *«Me dio la impresión de que todo se apoyaba en una figura carismática»* (p. 215). Es decir, le

parecía que el carisma y el fundador era como una única cosa y que cuando él faltase, su carisma no habría permanecido. Sin embargo, su experiencia con el Movimiento de los Focolares le hizo ver una clara distinción entre la persona de Chiara y el Movimiento nacido de ella. Sus palabras son muy claras: «*Pero esa impresión nunca la he tenido con los Focolares, porque nunca he identificado el Movimiento con Chiara. En ella he visto la inspiración, la chista inspiradora, el inicio, el don de Dios. Pero antes, y también después, he visto lo que Chiara había producido, la comunidad generada por ella*» (p. 215).

La primera relación es con Dios

Hay que subrayar también que su llamada no está ligada a la persona de Chiara, sino que propiamente se sintió elegida por Dios. Afirma muy claramente que no fue detrás de Chiara, ni siquiera cuando la conoció, sino que ella ha seguido a Dios. Un pequeño hecho, referido por ella misma, nos lo confirma: cuando una focolarina, al comienzo de haber conocido el Movimiento, le preguntó si había escrito a Chiara, le respondió: «*No, ¿por qué tendría que escribirle?*» y explica: «*¿Qué sentido tenía en mi caso escribirle a Chiara, si aún no tenía una relación con ella?*» (p. 217).

Dios es quien determina toda su vida. La primera relación es con Dios.

Incluso la primera vez que tuvo la ocasión de encontrarse y hablar con Chiara no cambia, más aún, se afianza su convicción de que fue Dios quien la llamó: «*Intuí que Jesús Abandonado era mi ideal, no el focolar, no recorrer el camino de Chiara. Me atraía con más fuerza Dios que el focolar*» (p. 218). Esto es, como ella misma dice, lo que le ha procurado una gran libertad interior para moverse y tomar decisiones, y esta determinación de seguir a Dios solo la ha acompañado y la acompaña hasta hoy.

Por eso, hablando de su último saludo a Chiara, afirma: «*Aun en medio del dolor de la partida de Chiara, sentí que todo continuaba. Ella se iba, pero todo continuaba. Espero (...) que no se piense que no soy consciente del don que Chiara ha sido para la humanidad. No, soy consciente de ello, absolutamente. ¡Pero es Dios quien me atrajo!*» (p. 217).

Se percibe por todo esto, una constante de su relación con Chiara como puerta a Dios, como “mediación” de Dios para los que son tocados por el carisma, y al mismo tiempo se pone de relieve qué es el fundador de una Obra de Dios: «*Siempre he visto a Chiara más grande que ella misma, porque estaba habitada por Dios y por ese sueño de Dios que es la unidad. De modo que siempre he intentado beber del Dios, del Infinito, del Absoluto que encontraba en Chiara, del que Chiara fue y es reveladora. Precisamente por esto me parece que no me podía quedar en Chiara, y no puedo quedarme en ella tampoco ahora*» (p. 218).

Hablando de su elección como presidenta del Movimiento de los Focolares, sigue acentuando que es siempre Dios el que conduce su vida: «*Ahora me siento más libre. También en este caso pienso que Dios fue un caballero conmigo: no soy presidenta porque Chiara me haya designado, sino porque es la voluntad de Dios. A Chiara le dio el don de la unidad, para mí y para todos los demás, y yo le sigo a Él*» (p. 218).

Puede decirse que en cada etapa de su andadura aflora la convicción de que la voluntad de Dios está siempre a la base de su actuar, de sus opciones. Incluso su elección estuvo totalmente marcada por este elemento:

«*Convencida de que fue Dios quien me pedía este servicio a la Obra tras la muerte de Chiara*» (p. 13). «*Yo no seguí a Chiara, y lo vuelvo a decir: “no seguí a Chiara”, aunque sé que soy su heredera como presidenta del Movimiento. Yo seguí a Dios, a Jesús en medio del Movimiento, el mismo que Chiara inspiró y provocó*» (p. 216).

Pensando en los años venideros, a la pregunta que le plantean sobre si piensa seguir adelante después de su primer mandato como presidenta del Movimiento de los Focolares, responde con la misma certeza:

«No tengo intención ni de quedarme ni de irme: solo quiero hacer lo que Dios me indique que es útil que haga» (p. 13).

La relación con Chiara

Hablando de su experiencia de estos años como presidenta del Movimiento de los Focolares, da a entender cómo su relación con Chiara no es una relación de dependencia, de imitación, sino de plena libertad. Dice explícitamente cómo vive ella su relación con la fundadora como presidenta y sucesora suya. Explicando que ella no quiere para nada imitar, tener como modelo a la fundadora, afirma que tampoco sus primeras compañeras hicieron esto. Cito sus palabras:

«Yo no he encontrado entre las primeras focolarinas ninguna que me llevase a pensar: “Mira, estas dos se parecen porque tratan de amoldarse a Chiara”. Más bien diría que son muy distintas una de otra. Probablemente usan el mismo lenguaje que Chiara, porque se han alimentado de él. Pero cada una añade los trazos de su propia personalidad» (19).

Después precisa qué entiende con esta “no imitación” de la fundadora, para evitar cualquier equívoco sobre la importancia de la misma:

«Por lo que a mí respecta, nunca he creído que tuviera que imitar a Chiara en las cosas externas, como el aspecto físico o su forma de hablar. Procuro más bien tomar de Chiara lo esencial de su espiritualidad e intento imitar o más bien vivir de lo que nos daba» (p. 19).

Establece una clara diferencia entre seguir a Chiara en la vida personal, donde cada cual responde al carisma de Chiara, con su personalidad, tal como queda acla-

rado en las citas anteriores, y entre seguirla en lo referente al gobierno del Movimiento.

Hablando del gobierno del Movimiento, da a entender que en este caso imita, como ella dice, sí y no a la fundadora. Pero hace una distinción de actitud en la relación con Chiara, entre cuando se trata del estilo de vida y cuando tiene que ver con la concretización, y la encarnación:

«En cuanto a imitar a Chiara en el gobierno de la Obra, pues sí y no. Sí porque, lógicamente, he procurado tomar de ella su afán tanto de captar de Dios lo que convenía hacer en la Obra, como de contrastar lo que había captado de Dios, ante todo con sus colaboradores más directos. En este sentido trato de inspirarme en el estilo que tenía Chiara para guiar la Obra» (20-21).

«Percibo el empeño de actualizar lo que ella ha realizado, sin descuidar nada de lo que es esencial, su testamento, y a la vez dejando que caigan cosas que no me parecen esenciales (...). Chiara ya no está, pero la Obra puede y debe seguir avanzando, y se puede introducir una novedad aunque Chiara directamente no la haya visto realizada» (p. 227).

«Siempre he tratado de acudir a Dios, al Infinito, al Absoluto que estaba en Chiara, del que Chiara fue y es reveladora. Precisamente por esto me parece que no me podía quedar en Chiara, y no puedo quedarme en ella tampoco ahora»

Contando su experiencia como presidenta, se transparenta la libertad, pero también la conciencia de que la inspiración de la fundadora permanece siempre fundamental y es muy clara cuál debe ser la relación con lo que ella transmitió a quien le sucedió después, en la nueva fase que vive el Movimiento:

«La seguridad y tranquilidad con que estamos avanzando derivan en el fondo del darnos cuenta de que podemos cambiar en varios aspectos, que podemos ser distintos respecto a ciertos usos, que podemos cambiar incluso totalmente en algunas cosas, siempre que no queden alterados la esencia de la espiritualidad y el núcleo del carisma que nos dejó Chiara, y llevar a cabo la Obra hacia horizontes aún sin explorar y que descubriremos juntos» (p. 17)

La actualización del carisma

Con otras palabras subraya aún más claramente que de Chiara toma propiamente lo esencial, el carisma, pero para las respuestas concretas trata de dejarse guiar por el estilo de vida de Chiara, que consistía también en interpelar a sus colaboradores:

«A nosotros nos corresponde encarnar lo que Chiara nos dejó para vivir, y vivirlo hoy, con lo que eso conlleva. Lo cual significa hacer lo posible por adecuar la respuesta del carisma a los desafíos y requerimientos del presente»

«Me sorprende preguntándome qué haría en mi lugar, cómo respondería, qué decisiones tomaría. Y tengo la impresión de que ella me ayuda a captar lo esencial (...). Cada vez más noto que me guía y me orienta cuando busco una respuesta y debo tomar una decisión compartida con mis colaboradores (...). Mi relación con ella es más intensa que antes, más interior. No me sale imitarla, sino pensar cómo tomaría ella hoy tal decisión, qué diría en determinada ocasión» (p. 227).

De captar las cosas de Dios y de confrontarlas también con sus colaboradores, se sigue que ella se encuentre con la libertad de cambiar, de hacer diversamente de lo que,

tal vez, la fundadora hubiera hecho: encuentre también la libertad de cambiar, de hacer diversamente de lo que tal vez la fundadora habría hecho:

«A nosotros nos corresponde encarnar lo que Chiara nos dejó para vivir, y vivirlo hoy, con lo que eso conlleva. Lo cual significa hacer lo posible por adecuar la respuesta del carisma a los desafíos y requerimientos del presente.»

Me doy perfecta cuenta de que en ciertas situaciones nuestra fundadora podría haber actuado de otra manera, y no me asusta pensar, casi como una certeza que me surge dentro: Chiara habría actuado de otra manera (...). Debo decir que muchas veces, gracias a Dios, no me ha faltado la confirmación interior e incluso exterior de que la decisión era buena; es decir, el desarrollo posterior de los acontecimientos me ha demostrado que las cosas no han ido mal, aun cuando en algunos ámbitos había tomado decisiones en discontinuidad –no digo ruptura– con la forma de hacer de Chiara» (p. 21).

En las palabras de conclusión del libro quizá podemos encontrar una síntesis de su actitud de fondo, que expresa cómo ve y vive ella su relación con la fundadora:

«Cada cual debe ser él mismo delante de Dios. Más bien quisiera dejar un Movimiento consolidado, que avance siempre hacia fronteras más bien lejanas (...). No creo que quien me suceda se halle en condiciones muy distintas de las mías; seguirá a Dios y a Chiara como yo he seguido a Dios y a Chiara. La segunda, la tercera, la cuarta o la quinta tendrán que añadir su ladrillo al edificio, y hacerlo con la gracia que Dios le da a cada uno para realizar su tarea. Será una gracia distinta, porque los tiempos serán distintos y las exigencias de la humanidad también» (p. 232).

¹ M. Voce (En diálogo con Paolo Lòriga y Michele Zanzucchi), *La hora de la confianza*, Ciudad Nueva, Madrid 2013, p. 215.

² Fundador de *Pro Civitate Cristiana*.

Sobre la santidad en las Iglesias de la Reforma

Elena Cardinali

Como complemento de la Bibliotheca Sanctorum y de la Enciclopedia dei Santi delle Chiese Orientali, el volumen Testimoni della fede nelle Chiese della Riforma, editado por Città Nuova, ofrece un panorama inédito y original de la extraordinaria riqueza de fe en las Iglesias Reformadas.

ES un prejuicio difundido que el mundo protestante no “reconoce a los santos”. En realidad, el heroísmo de la entrega radical a Dios se siente fuertemente en las Iglesias de la Reforma.

Según este criterio, el volumen ofrece un batallón de grandes personajes cristianos de las Iglesias Reformadas que merecen ser “conmemorados”. Fruto del trabajo de más de 60 colaboradores pertenecientes a las Iglesias Protestantes, dirigido por James Puglisi y Stefan Tobler, el *Dizionario* recoge 341 perfiles de testigos de fe, desde Lutero a nuestros días, provenientes de los más diversos ámbitos confesionales de las Iglesias Luteranas, Reformadas, Metodistas, Anglicanas, Pentecostales y otras, cada una bajo la dirección de un experto de prestigio en su campo.

En un mundo que está afirmando con evidencia creciente su propia autonomía de Dios y de la naturaleza, el discípulo de Cristo, que ha redescubierto en su existencia la

relación armoniosa con Dios, con los hombres y con la naturaleza, puede ser un signo tangible de la presencia de Dios creador y de Cristo redentor en el mundo y en la historia. [...]

Como es sabido, el modo de relacionarse con los santos declarados oficialmente por las Iglesias constituye uno de los puntos que crean dificultad en el diálogo ecuménico. Sin entrar en el tema del culto de los santos, y para atenernos a la identificación del santo y de la santidad, será útil aclarar algunas convergencias y divergencias entre las Iglesias en este campo. Sobre el tema de la santidad, junto con percepciones distintas, emergen convergencias importantes.

En primer lugar, podemos encontrar en las distintas tradiciones cristianas una coincidencia sustancial al delinear el concepto de santidad y la figura del santo. La santidad de los santos es una participación gratuita de la santidad del único Santo. Cristo es el santo por naturaleza, mientras que los san-

tos los son por gracia. La santidad no se identifica con un comportamiento o una cualidad moral, sino que, participada por gracia, se ha de testimoniar en la vida o también puede oscurecerse culpablemente. Dado que la Iglesia es una comunidad que se extiende no sólo por las diversas áreas geográficas, sino también en el tiempo, ayer, hoy y mañana, todas las tradiciones hablan de una comunión de los santos, entendiendo con esta expresión el vínculo que une a los fieles vivos entre ellos, la relación íntima de los fieles con las tres Personas divinas y con los santos que ya no viven en esta tierra.

Naturalmente, dentro de esta concepción general existen apreciaciones muy diversificadas, en particular por lo que se refiere a la comunión de los santos. Pero, más allá de cualquier discusión o puntualización, no se discute que la santidad construye comunión y es salvaguarda de la unidad de los cristianos y de las Iglesias. Sobre todo en nuestros días se habla de un ecumenismo de los santos y de los mártires, en el sentido de que los santos y los mártires viven ya la realidad del único reino de Dios, por encima de toda división. Esta acepción de la comunión de los santos sobrepasa y elimina todas las barreras de pertenencia y divisiones confesionales. [...]

La santidad en la óptica protestante

Si la visión católica de la santidad está modelada sobre el misterio de la encarnación y la ortodoxa sobre la resurrección, la protestante hunde claramente sus raíces en la teología de la cruz y en la justificación por la gracia. El santo es aquel que vive los clásicos cuatro *solus*: vive *solo de la Palabra de Dios*, en un seguimiento fiel; confía en la *sola gracia*, desconfiando de sus energías y obras; se confía a *solo Cristo*, como único mediador para su justificación; y por último, vive la *sola fe*, que es confianza en Dios y fuente de

ánimo. Naturalmente, estas fuertes manifestaciones no se han de banalizar con exclusivismos superficiales. De descubrir el verdadero significado de la justicia de Dios, Lutero comprende también el sentido profundo de la santidad: si la justicia divina no es castigo o amenaza, sino misericordia y condescendencia amistosa, entonces la santidad es la acogida de este Dios que viene al encuentro de forma amistosa y gratuita. Lutero invita a apartar la mirada de los santos muertos del cielo y a dirigirse a los santos que viven en la tierra, que son todos los bautizados (cf. *WA* 15, 492). Santo es el bautizado que es obediente a la Palabra de Dios y comprometido respecto a los demás hombres. Animado por la Palabra de Dios que salva, vive en las dificultades y tentaciones una experiencia de sufrimiento y de culpa.

De la teología de la cruz, Lutero deduce su imagen de santo, caracterizada no por la perfección de un ideal realizado, sino por la concreción de un hombre de carne y hueso, que es pecador, pero que está llamado a ser santo. [...]

El intercambio de dones de santidad y la unidad de las Iglesias

La conciencia de la comunión de los santos debería llevar a las Iglesias a un intercambio de dones de santidad, de modo que esta sea no un punto de confrontación sino un don recíproco. Este intercambio de dones llevará inevitablemente a un cambio de la situación actual. Los santos, que actualmente constituyen un motivo de tensión y división entre las Iglesias, se convertirán en un motivo y un vehículo de unión, y nosotros nos hallaremos automáticamente, no frente a un desaparecido número de santos, privilegiados y fenómenos excepcionales en el seno de las Iglesias, sino frente a Iglesias santas, que saben mostrar la plenitud del amor y de la obra salvífica de Cristo.

MENSAJE DEL PAPA FRANCISCO A LOS CARMELITAS CON MOTIVO DEL CAPÍTULO GENERAL

(Extraemos algunos puntos de la carta enviada el 22 de agosto de 2013)

Vuestra Regla inicia con la exhortación a los hermanos a “vivir en obsequio de Jesucristo”, para seguirle y servirle con un corazón puro e indiviso... Reflexionando sobre vuestros orígenes y sobre vuestra historia, y contemplando la inmensa estela de cuantos han vivido a través de los siglos el carisma carmelita, descubriréis así vuestra vocación actual de ser profetas de esperanza. Y es precisamente esta esperanza en la que seréis regenerados. Con frecuencia aquello que aparece nuevo es algo muy antiguo iluminado por una nueva luz...

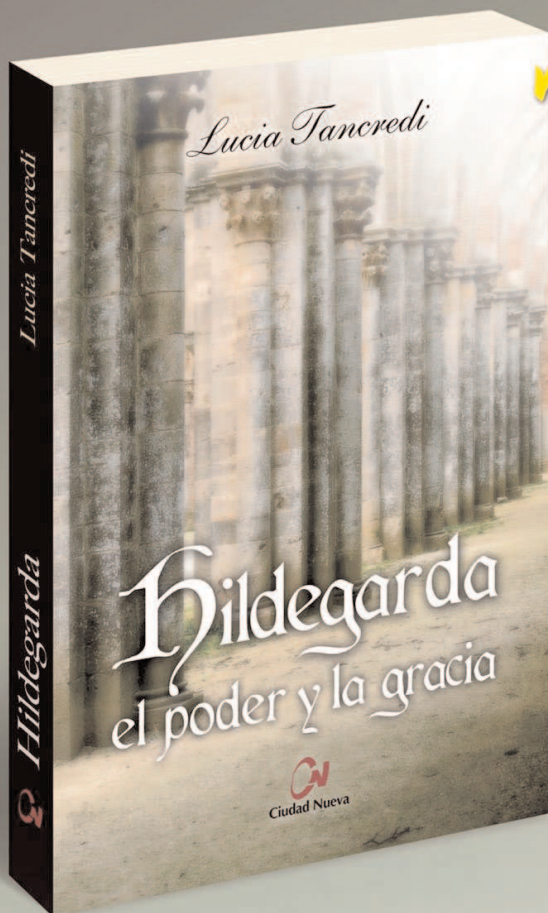
Vosotros os definís como contemplativos en medio del pueblo. En efecto, si es verdad que estáis llamados a vivir en las alturas del Carmelo, también es cierto que estáis llamados a dar testimonio en medio del pueblo. La oración es el “camino real” que nos abre a la profundidad del misterio de Dios Uno y Trino, pero es también el camino obligado que se nos abre en medio al pueblo de Dios, peregrino en el mundo hacia la Tierra Prometida...

Los santos carmelitas han sido grandes predicadores y maestros de oración... A lo largo de vuestra historia, los grandes Carmelitas han sido un fuerte reclamo a la raíz de la contemplación, raíz fecunda siempre de la oración. Aquí está el corazón de vuestro testimonio: vivir, cultivar y transmitir la dimensión “contemplativa” de la Orden... ¡Un carmelita sin esta vida contemplativa es un cuerpo muerto! Hoy, más que en el pasado, es fácil dejarse distraer por las preocupaciones y por los problemas de este mundo y dejarse fascinar por sus falsos ídolos. Nuestro mundo está dividido de muchas maneras; el contemplativo, en cambio, vive la unidad y constituye una fuerte llamada a la unidad.

Ahora más que nunca es el momento de descubrir el sendero interior del amor y ofrecer a la gente de hoy, en el testimonio de la contemplación, en la predicación y en la misión, no atajos inútiles, sino aquella sabiduría que emerge de meditar “día y noche la ley del Señor”, Palabra que siempre lleva junto a la cruz gloriosa de Cristo.

El testimonio del Carmelo en el pasado pertenece a la profunda tradición espiritual crecida en una de las grandes escuelas de oración. Esta ha suscitado el coraje de hombres y mujeres que han afrontado el peligro e incluso la muerte. Recordamos solamente los dos grandes mártires contemporáneos: santa Teresa Benedicta de la Cruz y el beato Tito Brandsma.

El testimonio de vuestro amor y de vuestra esperanza, enraizados en la profunda amistad con el Dios vivo, puede llegar como una “brisa ligera” que renueva y revigora vuestra misión eclesial en el mundo de hoy. A esto estáis llamados.



novedad

Novela
Histórica

Lucia Tancredi

Hildegarda el poder y la gracia

256 págs. 16€

Esta novela histórica sobre la vida de Hildegarda de Bingen (1098 – 1179) se basa en la trama verosímil de una biografía dictada a la monja Adelheidis, que vivió al lado de Hildegarda hasta su muerte.

El relato da pie a una reconstrucción íntima y fiel, capaz de describir la extraordinaria sencillez de una mística asombrosa, amiga de reinas y emperadores, a la vez testigo genial de su tiempo y considerablemente adelantada a su época, y hoy doctora de la Iglesia.

«Su talento más grande era la felicidad. Odiaba lo negro... Prefirió que las túnicas fueran verdes o blancas, no nos cortó los cabellos y quiso que nos vistiésemos de perlas y de rosas para que no sintiéramos vergüenza de la juventud. Nos enseñó que no hay culpa en amar la miel que hay en los libros, y escribió para nosotras la música sublime de los ángeles para que educásemos la voz y el cuerpo al Verdadero Bien».


Ciudad Nueva

Adquéralo en su librería, en nuestra página web www.ciudadnueva.com
o llamándonos al teléfono 91 725 95 30